



Hombres por la equidad, hombres que transforman

Manual para el trabajo sobre masculinidad
en el Poder Judicial de Costa Rica

Mauricio Menjívar Ochoa
Carlos Alvarado Cantero

305.31
M545h

Menjívar Ochoa, Mauricio ; Alvarado Cantero, Carlos
Hombres por la equidad, hombres que transforman. Manual
para el trabajo sobre masculinidad en el Poder Judicial de
Costa Rica / Menjívar Ochoa, Mauricio ; Alvarado Cantero,
Carlos. -- 1a. ed. -- San José, C.R.: M. Menjívar Ochoa, 2011.
116 p.; 27.21 x 21.5 cm.

ISBN 978-9968-47-464-1

1. Masculinidades. 2. Relaciones sociales. 3. Guía de trabajo.
I. Menjívar Ochoa, Mauricio. II. Alvarado Cantero, Carlos. III.
Título.

PRESENTACIÓN

El Estado costarricense, como Estado de Derecho, ha adquirido el compromiso de defender y proteger los derechos humanos fundamentales de sus ciudadanos y ciudadanas reconociendo y ratificando el amplio marco jurídico internacional que tutela los mismos. Históricamente, se han venido adoptando medidas constitucionales y legislativas que van materializándose en un sistema jurídico-institucional del cual deriva como un componente del mismo, entre muchos otros, la implementación de políticas encaminadas a la erradicación de toda forma de discriminación y violencia contra la mujer; ello, sobre la base de la promoción y garantía de la igualdad entre hombres y mujeres.

De esta manera, con el objetivo de coadyuvar en la tarea de transversar el enfoque de género en el accionar de las instituciones del Estado, en nuestro país ha venido desarrollándose una labor sistemática de promoción, orientación, fortalecimiento y control de los procesos de cambio en la cultura organizacional de las diferentes instancias públicas, a fin de que todas sus acciones se orienten a garantizar la equidad de género en los servicios brindados, así como en las relaciones laborales a lo interno de la institución, de tal manera que halla igualdad de oportunidades y derechos para todos y todas.

En el caso del Poder Judicial costarricense la incorporación del enfoque de género en su accionar no ha sido la excepción. La conformación de la Comisión de Género por Corte Plena (2001), la creación de la Secretaría Técnica de Género (2003) así como la aprobación de la Política de Equidad de Género (2005) se constituyen en acciones concretas para responder a los compromisos en esta materia.

Particularmente en el caso de la Secretaría Técnica de Género, desde su creación, le ha sido encomendada la tarea de coordinar con la Comisión institucional en la materia, a fin de identificar áreas y acciones de carácter estratégico, con miras a impulsar una plataforma de igualdad de oportunidades y equidad de género tanto respecto a la atención de las personas usuarias como del personal. Tal encargo, ha llevado a la Secretaría a reconocer la importancia de incorporar, necesariamente, la perspectiva de género no solo en la planificación institucional sino también en los procesos administrativos y en la formación de su recurso humano.

Respecto a la labor formativa de servidores y servidoras judiciales en el tema de género, esta la Secretaría viene desarrollando diversos esfuerzos dirigidos a la sensibilización y capacitación orientados todos ellos, a generar herramientas teóricas y metodológicas para la aplicación del enfoque de género en su quehacer diario. En este marco se ha reconocido la necesidad de que los varones se incorporen de manera más activa a los esfuerzos sociales e institucionales orientados a la construcción de sociedades más inclusivas y justas.

Aún en nuestro días, es palmario que hasta el momento han sido principalmente las mujeres quienes en diversos espacios (y el contexto organizacional no es la excepción) las que han estado comprometidas con dicho propósito de equidad, siendo por el contrario que la mayoría de hombres han avanzado poco en esta dirección. Su escasa participación y limitado compromiso en dichos esfuerzos muchas veces retarda el cambio cultural y organizacional necesario.

Para avanzar hacia una mayor y más activa participación de los varones en dichos procesos de cambio institucional y social, es necesaria la promoción de la construcción de espacios en los cuales los hombres puedan involucrarse libre y democráticamente en la discusión sobre el tema de equidad de género. Así las cosas, se ha venido desarrollando un proceso formativo y de sensibilización con un grupo de compañeros de los diferentes ámbitos que les permita, posteriormente, constituirse en facilitadores de procesos similares en que se involucre al resto del personal masculino. Este proyecto comenzó a desarrollarse en diciembre de 2009 y un resultado adicional del mismo es el manual que aquí presentamos el que se constituye en una herramienta básica para el trabajo formativo y de sensibilización que esperamos desarrollar en el corto y mediano plazo.

Magistrada Zarela Villanueva Monge.
Vice presidenta Corte Suprema de Justicia
Coordinadora Comisión de Género

Contenido

Primera Parte. Indicaciones para el uso del manual	7
1. Acerca del desarrollo de las sesiones de trabajo con hombres: Cómo implementar este manual	9
2. Acerca de los facilitadores del manual	11
3. Acerca de la metodología de las sesiones	14
Segunda Parte. Actividades para el trabajo con hombres	19
Primera Unidad. El origen de lo masculino: Rastreado la huella del ser hombre en nuestras vidas	19
Actividad 1: Estableciendo las expectativas del taller	21
Actividad 2: Todos los nombres, una memoria (dinámica de presentación)	23
Actividad 3: ¿De dónde venimos y quiénes somos? Ejercicios sociométricos	24
Actividad 4: Las figuras masculinas importantes en mi vida	26
Actividad 5: ¿El hombre nace o se hace?	28
Segunda Unidad. Masculinidad y vida cotidiana	31
Actividad 6: Historias de hombres en el amanecer de su virilidad	33
Actividad 7: Dicen por ahí	35
Actividad 8: Los modelos de masculinidad	36
Actividad 9: Los superhéroes	38
Tercera Unidad. Repercusiones de los procesos de socialización masculina en los hombres	41
Actividad 10: Algunas consideraciones puntuales de la sexualidad masculina (anotaciones al margen del camino)	43

Actividad 11: MATEA	45
Actividad 12: Reconociendo los mandatos de la masculinidad y el castigo a su desobediencia: Entre broma y broma... ..	47
Cuarta Unidad. Introducción a los estudios sobre masculinidades	49
Actividad 13: Análisis de lectura: Introducción a los estudios sobre masculinidades. Primera parte: divergencias políticas	51
Actividad 14: Análisis de película (opcional)	59
Actividad 15: Análisis de lectura: “Introducción a los estudios sobre masculinidades. Segunda parte: la construcción de la identidad masculina, bases conceptuales”	61
Actividad 16: Análisis de una película (opcional)	69
Actividad 17: Compromisos personales para el cambio	70
Anexos	73
Anexo 1: Refranes.....	75
Anexo 2: Lectura de apoyo para la Actividad 13.....	79
Anexo 3: Lectura de apoyo para la actividad 15	93
Referencias	111

Primera Parte
Indicaciones para el uso
del manual

1. Acerca del desarrollo de las sesiones de trabajo con hombres: Cómo implementar este manual

Las sesiones que se presentan a continuación han sido diseñadas para desarrollar un trabajo sistemático y progresivo con hombres que laboran para el Poder Judicial. Se trata de un proceso que inicia con la reflexión personal acerca del proceso de socialización masculina (la forma en que hemos sido educados como hombres) hasta las formas concretas en que esa socialización se reproduce y se sostiene en la vida cotidiana.

Las sesiones, por consiguiente, están pensadas desde una lógica y una secuencia que inicia con la reflexión de las relaciones más tempranas, continúa con el análisis crítico de las vivencias masculinas de la vida adulta y culmina con una consideración de carácter conceptual. Sin embargo, este orden propuesto no debe ser leído como un mandato o una imposición. Es simplemente una propuesta de orden.

Es importante tener en cuenta, a la hora de facilitar las actividades, que su finalidad última es provocar la reflexión y la mirada crítica acerca de la construcción social de la masculinidad encarnada en cada sujeto y eso implica, necesariamente, rastrear los mandatos culturales del ser hombre desde las primeras relaciones que establecen los varones.

Si entendiéramos la masculinidad únicamente como roles asociados a la condición biológica de ser hombre, bastaría el aprendizaje de algunos nuevos roles, más matizados y menos estereotipados, que le permitan al varón desempeñarse de una manera más libre, menos atada a los mandatos tradicionales de la masculinidad, dentro de su cotidianidad.

Sin embargo, el trabajo con hombres es más complejo e implica no solamente el aprendizaje de nuevos roles sino también el cuestionamiento de los procesos de socialización más tempranos del sujeto, el cual involucra además las emociones, los sentimientos y las sensaciones asociadas a los mandatos que le fueron impuestos.

En otras palabras, el cambio comportamental es importante pero no suficiente. Un hombre podría ser “entrenado” para que deje de comportarse de manera “machista”, sin embargo, si ese cambio no obedece a una convicción interna, producto de una reflexión personal y crítica de las vivencias como hombre, no podrá ser un cambio que se sostenga en el tiempo y que le permita a la persona realizarse más plenamente en sus relaciones inmediatas.

Tomando en cuenta lo anterior, es importante aclarar que las sesiones siguientes se pueden efectuar como una secuencia, o pueden también, ser trabajadas de manera independiente, siempre y cuando la reflexión en cada una no se extinga en el replanteamiento de los roles masculinos sino que trascienda la dimensión conductual y se asiente en las relaciones afectivas inmediatas y pasadas que dieron origen a esas pautas conductuales.

Finalmente, las sesiones de trabajo presentan una estructura de manejo asequible para los facilitadores; en este texto, se detallan los elementos básicos necesarios para llevarla a cabo, los cuales siguen el esquema que se señala a continuación:

- **Objetivo:** se refiere al propósito que se persigue.
- **Materiales:** útiles de oficina, equipo, etc. necesario para el desarrollo de la actividad.
- **Tiempo:** es una estimación de las horas y minutos necesarios para el desarrollo de los ejercicios.
- **Procedimiento:** contiene las indicaciones que la persona que facilita el taller debe seguir para desarrollar una actividad o las instrucciones que debe brindar a los participantes para el desarrollo del taller.
- **Recomendación:** se refiere a algún material específico que puede ser utilizado en alguna actividad. En tanto recomendación no excluye otras probabilidades.
- **Nota para el facilitador:** contiene sugerencias para las personas que facilitan el taller, tales como definiciones sobre la violencia, apoyo conceptual sobre un tema específico, argumentos para rebatir afirmaciones machistas o que justifiquen la violencia y explicaciones para cerrar las actividades.
- **Anexos:** presentan materiales escritos que sirven como base para el desarrollo del trabajo. Estos se presentan al final de este manual.

2. Acerca de los facilitadores del manual

Tomando en cuenta las consideraciones planteadas en el apartado anterior, es necesario distinguir algunos elementos importantes para desarrollar las sesiones.

Es indispensable partir del hecho de que la masculinidad tradicional, la que ha sido afincada en las relaciones primarias de las personas, no se transforma de manera inmediata, de la noche a la mañana. Esto no quiere decir que el desarrollo de una o varias sesiones no contribuya en nada a construir nuevas masculinidades, por el contrario, el trabajo sistemático y consciente es la única forma de revertir los procesos opresivos y desiguales que genera la socialización diferenciada por género.

En el caso de las personas que facilitan estos procesos de reflexión, es fundamental tomar consciencia de los límites que presenta el trabajo que se va a desarrollar para, así, equilibrar las expectativas de los participantes en relación con los recursos con los que se cuenta.

Así las cosas, no es posible lograr que una persona transforme años de socialización después de unas horas de taller, sin embargo, el abordaje en las sesiones puede impulsar cambios en la forma de percibir la realidad que generen, en el futuro, reflexiones que deriven en nuevas masculinidades.

Ante esta posibilidad, es esencial *no forzar ni violentar* el proceso personal de los participantes. Asimismo, recordar que la masculinidad no solamente les implica pérdidas afectivas y conductas de riesgo en el aspecto tradicional, sino que también forma parte de su identidad y de su visión de mundo. Los cambios se darán de manera paulatina y con el ritmo que cada participante pueda manejar según sus recursos afectivos.

La especificación anterior no implica que el facilitador no pueda insistir en el señalamiento de ciertos puntos. De hecho, es importante conducir las sesiones bajo la consigna de que cada enunciado produce cambios en los participantes, no obstante, no se debe esperar que esos cambios sean inmediatos.

El proceso de reflexión personal puede servir como un parámetro para entender el momento en que se encuentran los participantes. Algunos cambios, como la modificación de algunos pensamientos erróneos acerca de las mujeres y la eliminación de algunas pautas de conducta, como el uso de la fuerza y la violencia para resolver conflictos con otras personas, pueden alcanzarse con relativa prontitud, sin embargo, los cambios relacionados con el afecto y las relaciones nocivas, toman más tiempo. Recordar este tipo de procesos ayuda a que el facilitador encuentre no solo el momento idóneo para señalar aquellos elementos importantes por modificar en los participantes sino también la manera más adecuada de evidenciarlos.

A manera de resumen, se presentan algunos elementos que el facilitador de grupos de hombres debe tener en cuenta:

- Respetar el proceso de cada persona y no violentar el crecimiento con base en sus propias expectativas.

- Haber pasado por un proceso consciente y comprometido de reflexión personal acerca de su proceso de construcción de la masculinidad.
- No personalizar las dinámicas sociales. Es decir, entender y cuestionar los temas como fenómeno social y no como sujetos concretos, con el fin de no estigmatizar a las personas y de facilitar el proceso de cambio.
- Respetar los silencios. No todo silencio grupal es síntoma de resistencia al tema, en algunos casos manifiesta la reflexión e interiorización de los temas tratados.
- Redireccionar los temas para que sean abordados desde la racionalidad y, sobre todo, el afecto. Un mecanismo de defensa típico en los hombres es la tendencia a racionalizar y convertir cualquier tema personal en algo teórico.
- En momentos cuando la conversación se intente dirigir únicamente hacia lo racional, con frases como “es interesante que los hombres...”, “la tristeza es un sentimiento complejo...”, etcétera, es decir, cuando se habla de los sentimientos en tercera persona o si estos se asocian con algo abstracto o etéreo, es importante orientar la conversación con preguntas relacionadas con situaciones en las cuales ellos se hayan sentido de esa manera o, con referencias a cómo hayan experimentado esas emociones en el pasado, pero, desde los sentimientos.
- El facilitador tiene un lugar diferenciado pero forma parte del grupo también. En este sentido, si en las reflexiones grupales y las discusiones, se siente la necesidad de aportar una anécdota personal que enriquezca la conversación, se puede hacer con total libertad siempre y cuando no se pierda la noción de que el facilitador no ocupa el mismo lugar que el resto de los participantes.
- Si surgen diferencias de criterio o conflictos por posiciones diferentes en el grupo, es importante recordar que no se pretende llegar a un consenso sino justamente discutir y argumentar desde una posición personal. Lo importante es señalar aquellos casos en los que una posición personal puede dañar a terceros, como en el caso de que alguien esté a favor de la violencia como forma “natural” de tratar a las mujeres, por ejemplo. En ese caso el respeto por la dignidad de la otra persona se sobrepone a la posición personal.
- Es importante recordar que la persona que facilita grupos de hombres debe estar siempre actualizada en cuanto a temas relacionados con masculinidad asimismo con otros como Metodología Participativa, dinámica de grupos, género integral y cualquier otra materia que propicie la comprensión de la dinámica masculina.
- Por último, se debe recordar que, el conocimiento teórico, así como las sesiones planteadas, no son inmutables, ni inamovibles. Cada grupo de hombres es diverso y particular, de esta forma, una generalización, o una ejecución mecánica nos lleva a intervenciones groseras e irrespetuosas. Tomar en cuenta las particularidades de cada grupo a la hora de adaptar las técnicas es fundamental, así como la importancia de considerar un factor primordial en la conducción de grupos: *la intuición*.

- Confiar en las propias sensaciones y en lo que el grupo genera en el facilitador en cuanto a sentimientos es esencial para seguir el ritmo de interés del grupo. Muchas veces, los facilitadores, por cumplir un horario de trabajo o seguir un cronograma rígido, pierden la escucha de las historias que se gestan y que se pueden utilizar como herramienta de trabajo.

A modo de ejemplo, se señala que las actividades que se presentan a continuación son fruto de la investigación y del trabajo de los autores con grupos de hombres a través de varios años de experiencia. Sin embargo, estas actividades nacieron desde la teoría y se han ido modificando con su desempeño.

Podemos afirmar, además, sin temor a equivocarnos, que no hemos repetido una unidad, ni siquiera una técnica, de la misma forma con dos grupos. La técnica es un generador, un disparador, una provocación. Nadie sabe en qué va a derivar una técnica aunque se use muchas veces, y si se puede anticipar la respuesta de un grupo, se está actuando de manera estereotipada y mecánica por cuanto es necesario revisar los niveles de escucha a las diferentes voces que surgen.

3. Acerca de la metodología de las sesiones

Tanto la revisión del material bibliográfico especializado en el tema de masculinidad, como las sistematizaciones de experiencias previas en procesos de sensibilización en las capacitaciones desarrolladas con hombres; han señalado conclusiones importantes.

En primer lugar, que la experiencia grupal es fundamental para la puesta en común de experiencias y el cuestionamiento de patrones de género aprendidos y reproducidos por los hombres de manera automática en la vida cotidiana. El compartir con otros varones que han pasado por experiencias similares facilita la identificación y el reconocimiento de pensamientos estereotipados asociados a la masculinidad hegemónica. El grupo desarrolla, de esta forma, una función de espejo que es primordial para potenciar aprendizajes significativos.

En segundo lugar, la experiencia de aprendizaje que no incorpore la vivencia y el afecto en el tratamiento de los temas tiene un impacto sumamente limitado en el trabajo con cualquier población, pero resulta particularmente estéril en el trabajo con hombres, ya que, debido a las características de los procesos de socialización masculinos, la racionalización se instaura en los varones como un mecanismo de defensa que les impide efectuar cambios importantes en los patrones estereotipados de género que perpetúan la violencia en contra de las mujeres.

Como tercer punto, muy relacionado con la idea anterior, uno de los grandes retos que se han planteado los procesos de sensibilización y capacitación con hombres, ha sido justamente el reconocimiento y expresión de los sentimientos propios como varones y el respeto de las emociones de las otras personas, particularmente de las mujeres. Este reconocerse como sujeto sensible y la admisión de la otra persona como sujeto con igual dignidad potencia el establecimiento de relaciones más equitativas y menos violentas.

En el cuarto y último punto, se ha de señalar la necesidad de incorporar *metodologías y técnicas innovadoras*, que sean congruentes con los puntos anteriores, pero que permitan, a su vez, proporcionar lecturas nuevas a la realidad de los varones, la cual está en constante movimiento, que esconde y reproduce un sistema social caracterizado por la desigualdad y las diferencias de género.

En este sentido, es importante no solo mencionar las técnicas propias de la Educación Popular, que se han convertido en una metodología de uso clásico en las Ciencias Sociales y en los procesos de interaprendizaje (el sociodrama, el papelógrafo y el juego de rol, entre muchas otras), sino también el aporte de metodologías de ya largo estudio pero de joven incorporación y aplicación en el trabajo con hombres, como el psicodrama, la sociometría y la teoría vincular, solo por citar algunas.

De esta manera, se incorpora en el trabajo con hombres el enfoque de interaprendizaje, herramienta de intervención que permite abordar los temas desde una lógica de disfrute, al contemplar dentro de sus preceptos el uso de actividades lúdicas, esto es, “aprender jugando”, como característica educativa. Esta forma de aprendizaje trata de reproducir la manera en que los seres humanos incorporamos las vivencias. Desde edades tempranas, los sujetos vivimos acontecimientos que, a partir del procesamiento de la información que

incorpora el afecto asociado a ellos, se convierten en estructuras de pensamiento y conocimiento sensibles.

El uso de técnicas lúdicas tiene además una serie de ventajas que son reseñadas por Valverde, Vega, Rigioni, Solano y Solano (2002) y entre las cuales se pueden citar las siguientes:

- Posibilita trabajar con poblaciones de edades muy diferentes, así como de orígenes y niveles educativos diversos, lo cual facilita la revisión de temáticas que, de otra manera, serían difíciles de trabajar.
- Genera un ambiente flexible y entretenido –no aburrido– para el aprendizaje (contrario a la rigidez de los procesos tradicionales de aprendizaje). Las actividades de juego, bien desarrolladas y orientadas hacia un objetivo pedagógico claro, permiten que los y las participantes mantengan su atención tanto en la actividad como en el proceso.
- Ayuda a disminuir las resistencias de las personas ante una temática, actividad o proceso que se requiere desarrollar, pues colabora con el establecimiento de un espacio de juego que disminuye la tendencia a la racionalización y promueve el surgimiento de las fantasías, lo cual es de suma importancia pues estas operan en la realidad de forma irracional e inconsciente, por lo tanto, disminuyen la capacidad de conciencia de la población y su acción transformadora aumenta.
- Promueve la posibilidad de que surjan elementos que, de otras maneras, podrían ser reprimidos por los y las participantes.
- Facilita el aprendizaje de los aspectos tratados en el espacio educativo ya que transforma la lógica de contenidos curriculares en un enfoque que privilegia los aprendizajes significativos. La creación y el juego, junto con el resto de componentes y fundamentos de la Metodología Participativa, exigen de las personas participantes en los procesos un mayor involucramiento y compromiso con la tarea de aprendizaje, lo cual favorece una mayor apropiación de lo abordado.
- Genera la posibilidad de que los y las participantes exploren, piensen y practiquen diversas formas de expresión que les permita plasmar sus vivencias y transmitirlas a otros. Esta propuesta variada, flexible y abierta, con frecuencia es bien recibida por las personas puesto que les amplía las posibilidades de expresión.

Una vez aclarados los beneficios de la metodología, es importante señalar sus principales planteamientos, entre los cuales se resalta la visión del proceso, el cual se despliega a partir de vivencias para finalizar en la reflexión crítica de la realidad de los participantes.

De esta forma, los postulados del Enfoque de Interaprendizaje¹ se detallan a continuación:

¹ Este trabajo se encuentra en Quirós, 2001: 12-17. Se han tomado pasajes literales del texto, con variaciones mínimas para los efectos de este manual.

1. Para entrar en el juego pedagógico:

En el proceso pedagógico, es conveniente partir de la realidad de las personas que participan en los talleres y tomar en cuenta que cada una vive las experiencias de diferentes maneras. Por eso, es preciso reconstruir las vivencias para que se pueda reflexionar y aprender sobre ellas. De esta manera, pueden efectuar cambios con el fin de mejorar. Es importante que el trabajo durante los talleres parta de las sensaciones, los afectos y las vivencias personales.

Una vez que hemos trabajado sobre la experiencia personal, es posible avanzar hacia la reflexión y los conceptos. Es favorable trabajar con pocos –pero claros– conceptos, así como apoyar los conocimientos nuevos en la experiencia previa y en las percepciones adquiridas.

La producción de conocimientos puede ser placentera. Para ello, es conveniente propiciar el disfrute, la alegría de construir experiencias y conceptos. Es decir, recurrir permanentemente a la creatividad y a la invención.

La metodología participativa plantea que, en los procesos participativos y vivenciales de interaprendizaje existen tres grandes momentos: 1- partir de la práctica, 2- reflexionar sobre la práctica y crear conceptos y 3- la vuelta a la práctica. Conceptualizaremos cada uno de estos momentos:

2. El primer momento metodológico: partir de la práctica:

Implica partir de la realidad, de las necesidades y los problemas de las personas; de lo conocido, lo cercano para ellas. Es un proceso que lleva a valorar la experiencia acumulada y los conocimientos adquiridos la vida.

En este momento es imprescindible:

- Adecuar los contenidos de este manual a los participantes y a su realidad, de manera que tengan sentido para cada uno y cada una.
- Ubicar datos, cifras, diagnósticos, investigaciones y sistematizaciones sobre la temática que se trabaja y la realidad de las personas participantes.
- Cuestionar e interrogar permanentemente la realidad así como promover la investigación para conocer y profundizar en los problemas y necesidades de las personas.
- Sensibilizarnos sobre los problemas que se viven en la actualidad para que el proceso educativo sea pertinente.
- Romper con la educación tradicional, desde la persona que sabe, para construir una forma alternativa: desde las necesidades, sufrimientos y vacíos de las personas.

3. El segundo momento metodológico: la producción colectiva de conocimientos

3.1 La teorización en la educación participativa

La producción colectiva de conocimientos es el segundo gran momento en los procesos de interaprendizajes participativos y vivenciales.

El proceso de aprendizaje e interaprendizaje está fundamentado en que el saber no es propiedad de los/as intelectuales y académicos/as, ni tampoco es algo acabado y estático que puede ser transmitido de una persona a la conciencia de otra.

En los procesos de interaprendizaje o educación participativa, el saber se considera como algo inacabado, vivo y dinámico, que se construye colectivamente. Los conocimientos se producen en el propio proceso educativo, no en forma individual como resultado de una mente brillante, sino en forma conjunta, con el aporte de todas las personas, con la orientación de una facilitadora o un facilitador y tomando en cuenta otras experiencias, la teoría existente y el conocimiento acumulado por la humanidad.

¿Qué es la producción colectiva de conocimientos?

Se trata de un proceso en el cual se integran elementos o ideas en forma ordenada por medio de la participación colectiva, se basa en las experiencias y conocimientos del grupo, para llegar a construir teoría y nuevos conocimientos que permitan mejorar la práctica.

¿Qué se necesita para construir colectivamente el conocimiento?

Existen ciertas condiciones que ayudan a que se realice este proceso de construcción colectiva del saber:

3.2 Ambiente y actitudes humanas adecuadas

Se necesita que exista un clima de confianza entre las personas participantes, que les permita sentirse a gusto, no tener temor de ser rechazadas, aprender de las demás personas; además de motivarlas para compartir y abrirse al diálogo.

Para lograrlo, resulta muy importante que se valore la experiencia y los conocimientos que cada persona puede aportar, el respeto mutuo, un verdadero convencimiento de que colectivamente se produce mejor que de forma individual, de igual forma, debe propiciarse una actitud disciplinada y ordenada que facilite el avance de la discusión.

3.3. Pensamiento crítico

Esto significa no aceptar pasivamente todas las ideas, sino desarrollar un hábito que duda de todas las concepciones culturales. Esto lleva a que cada tema se debata, a que cada hecho se problematice, se cuestione, se razone, se evalúe. No se debe aceptar ninguna idea sólo porque la dijo una persona que es una autoridad en la materia, porque se leyó en un libro o en el periódico.

3.4. La partición consciente y activa

Esto significa no hablar muchas veces ni acaparar la palabra, sino aportar ideas en el momento en que son útiles al debate. Se debe motivar a las personas participantes a no dejar de participar porque crean “que no es importante lo que van a decir” o porque “otra persona ya lo dijo mejor”. Se promueve la confianza en la propia capacidad de crear y de compartir con otras personas. La participación consciente y activa implica desarrollar el hábito de no ser sólo receptores de las ideas de otras personas.

3.5. La creatividad

Es un ingrediente indispensable en la producción colectiva de conocimientos. Si las personas participantes no son receptoras del saber, entonces tendrán que ser creadoras de saberes nuevos. No se memoriza, ni se repiten definiciones, sino que se construyen conceptos que expliquen la realidad en la cual se actúa. No se copian métodos usados en otras realidades, sino que se adaptan a la propia manera de comportarse de acuerdo con las necesidades.

3.6. Aprovechar los conocimientos y experiencias acumuladas

Producir conocimientos colectivamente no significa despreciar el conocimiento producido por otras personas, ya que este enriquece el del grupo. No se trata de partir de cero, sino de tomar en cuenta lo que se ha avanzado. No despreciar los libros, sino tomar en cuenta el producto de otros procesos de conocimiento y de otras prácticas sociales, cuestionándolas, dándoles usos críticos y a partir de estas acciones, producir los conocimientos propios. Lo colectivo, lo social, no significa tampoco anular el aporte individual, sino recogerlo y potenciarlo.

4. El tercer momento metodológico: la vuelta a la práctica en la metodología participativa

Este tercer momento metodológico procura la transformación de la realidad. Su sentido más profundo es modificar las ideas, prácticas y el ambiente en que viven y actúan las personas participantes, por medio del mejoramiento o cambio en los problemas, las necesidades y los vacíos.

Segunda Parte. Actividades para el trabajo con hombres

Primera Unidad. El origen de lo masculino: Rastreado la huella del ser hombre en nuestras vidas

Actividad 1: Estableciendo las expectativas del taller

Objetivo

Socializar las expectativas del taller y establecer lineamientos básicos de convivencia entre los participantes y el facilitador.

Materiales

Esta actividad se puede efectuar con algún material que los participantes puedan manipular y tomar uno por persona, como almohadones, bolas rellenas de arroz, etcétera.

Si no se cuenta con ninguno de estos materiales se puede hacer de manera simbólica, utilizando las manos, haciendo el gesto de tomar y dejar algo.

Tiempo

Depende de la cantidad de participantes, pero regularmente se completa en 40 minutos en grupos de 20 personas.

Procedimiento

Los participantes forman un círculo, a continuación, se les explica que en el centro de este se ha colocado una serie de objetos (almohadones, bolas, etc.). La idea es que cada participante tome un objeto y diga qué espera llevarse al terminar el taller.

Una vez que todos lo han hecho y que cada participante tiene un objeto en la mano, se les pide regresarlo al centro y elegir un elemento diferente al primero que escogieron (si tenían una bola roja, escoger ahora una bola verde, por ejemplo). Una vez que cada persona sostenga una pieza diferente en su mano se les pide que, uno por uno, la dejen nuevamente en el centro, mientras expresan qué no desean que pase durante el taller.

Finalmente, se cierra la actividad cuando se recogen los temas mencionados frecuentemente durante la actividad y se cotejan con las expectativas y los recursos con los cuales se cuenta (no solo económicos sino también de tiempo, de materiales, etc.), a fin de que dichos intereses estén acordes con las posibilidades reales.

Nota para el facilitador:

Es importante que en esta actividad se aclaren aquellas dudas vinculadas con la angustia por saber qué es un taller acerca de masculinidad, ya que socialmente se le atribuye a este tipo de actividades la idea de que a estas van los hombres que son agresores, o que, por medio de ellas, las mujeres los van a dominar o bien, que van a ser más débiles debido a que se va a cuestionar su masculinidad.

Como es un tema de discusión y análisis recientes, no hay claridad acerca de la función de los grupos de hombres en el trabajo de instituciones como el Poder Judicial. Por esto, es fundamental disminuir la ansiedad asociada a la tarea que estos grupos persiguen y enfatizar

que se trabajarán elementos que les van a resultar beneficiosos para sus vidas, ya que se cuestionan imposiciones que les han traído graves consecuencias a los hombres a través del tiempo.

Conforme el trabajo con hombres se siga desarrollando en la institución, la ansiedad de los participantes disminuirá y no habrá necesidad de presentar los talleres o introducirlos tan extensamente.

Actividad 2: Todos los nombres, una memoria (dinámica de presentación)

Objetivo

Propiciar la presentación de los participantes con el fin de generar empatía en el ambiente así como un entorno agradable para el desarrollo de las sesiones.

Materiales

Ninguno.

Tiempo

30 minutos.

Procedimiento

Se les pide a los participantes que se sienten y que formen un círculo, de forma tal que todos puedan verse.

Sentado también en el círculo, el facilitador les indica a los participantes que piensen en una característica que los distinga, pero que no se la digan al resto de compañeros, solo que la definan.

Una vez que hayan precisado la característica, se le solicita a alguno de los participantes que comparta su nombre y su característica. Una vez que haya dicho ambos elementos (nombre y característica), se le indica a la persona que está sentada a su derecha que repita el nombre y la característica que dijo su compañero y que señale cuáles son las propias. El tercer participante tendrá que reproducir el nombre y característica de los participantes 1 y 2, además de las suyas, y así sucesivamente.

La dinámica concluye cuando la persona que está sentada a la izquierda del compañero que empezó, repite los nombres y las características de todos los compañeros anteriores.

Nota para el facilitador

Si los participantes ya se conocen de antemano, igualmente se puede utilizar la técnica para generar un ambiente ameno y de confianza.

Es importante discutir las características que seleccionaron los compañeros para describirse, socializar aquellos segmentos que les llamaran la atención, como por ejemplo, si a alguien le sorprendió lo que escuchó de otro compañero, etc. Esto genera la posibilidad de hablar de la relación que se tiene con otros hombres y de qué tan bien conocemos a las otras personas aunque sean compañeros de trabajo.

Actividad 3: ¿De dónde venimos y quiénes somos? Ejercicios sociométricos²

Objetivo

Explorar, por medio de la técnica sociométrica, características particulares de los participantes, tales como su lugar de origen, edad, gustos y preferencias, entre otras.

Materiales

Ninguno.

Tiempo

1 hora.

Procedimiento

Se les pide a los participantes que caminen por el lugar donde se realiza el taller con la consigna de que deben hacerlo sin ninguna dirección fija (el facilitador debe vigilar que no caminen en fila o en círculos, que simplemente se desplacen en direcciones diferentes).

Mientras caminan, se les solicita que muevan diferentes partes del cuerpo (brazos, hombros, cuello, cabeza, etc.), al mismo tiempo, se les indica que traten de relajar la parte del cuerpo que están moviendo.

Posteriormente, se les pide que saluden al compañero con el cual se encuentren aleatoriamente mientras caminan y que utilicen una parte diferente del cuerpo en cada saludo (que empleen, por ejemplo, la espalda, las orejas, etc.).

Una vez que se han hecho estas *actividades introductorias*, sin que paren de caminar, se les indica que deben agruparse según las características que el facilitador les proponga. En primera instancia, se les pide que se agrupen según su estado civil. Es muy importante no forzar a que se formen determinados grupos, por ejemplo, no especificar que se constituya el grupo de casados, solteros o de los que viven en unión libre sino que la conformación de grupos se dé espontáneamente y bajo las categorías que ellos establezcan. Una vez que se hayan formado los grupos, se escucha a los miembros que deseen expresar con cuáles criterios se reunieron. Cuando cada grupo haya expresado su opinión (no es necesario que opinen todos pero sí es importante conocer quiénes conforman cada grupo así como sus criterios), se pasa a la siguiente instrucción.

² La palabra *Sociometría* procede de los términos latinos *socius*: compañero, social, y *metrum*: medida; de donde viene su sentido general, que es el de medida social, medida de las relaciones sociales entre los miembros de un grupo. Su iniciador, Jacob Levy Moreno, la define como el estudio de la evolución de los grupos y de la posición que en ellos ocupan los individuos, prescindiendo del problema de la estructura interna de cada individuo.

En: <http://pochicasta.files.wordpress.com/2009/01/sociometria.pdf>, accedido el día 9 de noviembre de 2010.

Las siguientes categorías para la disposición de grupos están relacionadas con elementos que permiten conocer características de las personas que los componen, por ejemplo:

Signo zodiacal

- Color de la ropa interior
- Profesiones
- Lugar que ocupa entre los hermanos (si son hermanos mayores, menores, del medio o únicos)
- La provincia de la que provienen
- Alguna otra característica que el facilitador considere que se podría explorar.

Cada vez que se conforma un grupo, se abre la posibilidad de que alguna de las personas que lo conforman exprese un sentir derivado del lugar que están ocupando.

Un criterio para la conformación de subgrupos, que merece una consideración aparte de las anteriores, es la constitución según la edad, por ejemplo, un grupo de 20 a 30 años, otro de 30 a 40 años, otro de 50 o más, etc. Una vez que se hayan agrupado etariamente, se les solicita a las personas de 20 a 30 años que le expresen algo al resto de los grupos; igualmente para los de 30 a 40, y así sucesivamente, de forma que los participantes observen las diferentes perspectivas de una persona a lo largo de las distintas etapas de la vida.

Esta actividad puede terminarse en este momento, o bien, hacer un puente y pasar a la actividad 4. Si se prefiere terminar la actividad, es importante reflexionar acerca de la gran diversidad que ofrecen las personas y acerca de cómo muchas veces se propicia la idea de que existe un solo tipo de hombre (“todos los hombres son iguales”, reza el dicho popular). Esta aseveración es verdadera en tanto se entienda al varón desde una visión estereotipada y recortada, basada únicamente en su sexo biológico.

En este sentido, es fundamental señalar que no solo existe la distinción que se pregona desde los estudios clásicos de masculinidad en cuanto a la diferencia entre hombres y mujeres, sino a la enorme diversidad que existe entre los mismos hombres, por lo que no es posible hablar de masculinidad sino de *masculinidades*.

La visión de mundo de un hombre de zona rural no es igual a la de un individuo de zona urbana; la de un hombre campesino o de un abogado; incluso, la perspectiva no es la misma entre ese abogado a los 30 años y a los 40.

Nota para el facilitador

Se recomienda utilizar la técnica anterior en concomitancia con la técnica siguiente ya que, si la técnica anterior explora el lugar de donde vienen los participantes, la técnica siguiente profundiza en las primeras relaciones con figuras masculinas, que la persona recuerda como referentes de la masculinidad y que han determinado de cierta manera el lugar en el que se ubican actualmente.

En otras palabras, esta técnica nos habla de quiénes son los participantes hoy y la siguiente nos habla de cómo se convirtieron en las personas que son.

Actividad 4: Las figuras masculinas importantes en mi vida

Objetivo

Identificar las figuras masculinas importantes durante la infancia de los participantes, que influyeron en su percepción de qué es ser hombre actualmente.

Materiales

Ninguno.

Tiempo

1 hora, 30 minutos.

Procedimiento

Si se efectúa esta actividad como *complemento* de la actividad 3, se inicia en el momento de la última reflexión grupal acerca de los criterios de agrupación que siguieron los participantes y de los sentimientos que generó el haberse reunido según esa característica.

Si *no se utiliza* esta técnica posterior a la actividad 3, se empieza con las *dinámicas introductorias* mencionadas al inicio de esta última y después, se continúa con la actividad actual.

Se les solicita a los participantes que, en el lugar donde están, cierren los ojos un instante y piensen en la figura masculina más importante durante su infancia. Se les recalca que no censuren o analicen las imágenes que les vienen a la mente cuando escuchan la instrucción, sino que dejen que fluya la escena.

Posteriormente, se les pide que localicen una frase particular de esta figura en la que pensaron y que caracteriza su personalidad y su forma de ser. Luego, se les dice que abran los ojos cuando tengan la imagen clara y que, posteriormente interactúen con sus compañeros; sin embargo solamente podrán comunicarse con la frase que utilizaba la persona escogida para expresar diferentes emociones. Señale que es importante que le muestren este personaje al resto de los compañeros.

Una vez que hayan interactuado con los otros representando su personaje, se les indica que deben agruparse utilizando como criterio el parentesco con esa persona: por ejemplo para quienes su figura masculina fue el padre, el abuelo, un pariente (tío, primo, hermano, etc.) o si fue una persona con la que no estuvieran emparentados (vecino, amigo, etc.).

Cuando hayan conformado los subgrupos, se les pide que comenten las experiencias que recordaron asociadas a esta persona (figura masculina) y que elaboren una dramatización en la que presenten al grupo lo conversado.

Finalmente, se presentan las dramatizaciones y se discuten, en plenaria, las imágenes de masculinidad que se nos transmitieron a través de personas significativas de nuestra infancia.

Nota para el facilitador

Sucede, con escasa frecuencia, que alguno de los participantes no pueda asociar ninguna figura masculina que haya sido representativa en su infancia. En estos casos, conviene indicarle que, si es del todo posible que asocie una figura, ni remotamente influyente, que ubique a alguna figura femenina que le mostrara las características deseables en un hombre: que debe ser fuerte, o valiente, etc. Estos mensajes pueden venir también de figuras femeninas y tienen el mismo nivel de impacto que una figura masculina, si la persona le atribuye un lugar de privilegio en sus afectos.

Actividad 5: ¿El hombre nace o se hace?

Objetivo

Diferenciar la influencia del medio social de los componentes biológicos propios del hombre como especie animal en la conformación de la identidad masculina.

Materiales

Una superficie adecuada para hacer anotaciones, que sea visible para todos los participantes, puede ser un papel periódico pegado en una pared y un marcador permanente (azul o negro) o, si se posee, una pizarra (acrílica o tradicional) y un marcador para pizarra o tiza.

Tiempo

1 hora.

Procedimiento

El facilitador anota la palabra “HOMBRE” en el centro de la pizarra o el papel periódico y le solicita a los participantes que mencionen todas aquellas características que ellos hayan escuchado (en su familia, comunidad, trabajo, en la calle, en los medios de comunicación, etc.) acerca de lo que se debe tener para ser considerado un hombre “de verdad”.

Las palabras que se citan a modo de “lluvia de ideas”, se escriben en el papel periódico o en la pizarra alrededor de la palabra “HOMBRE”, sin seguir ningún orden de anotación (las palabras quedan desperdigadas por el papel o la pizarra).

Cuando los participantes manifiesten que las características son suficientes para expresar lo que han escuchado acerca de cómo debe ser un hombre “de verdad”, se les solicita que clasifiquen las características que han mencionado y las dividan en aquellas que son producto de la educación recibida y cuáles corresponden a factores biológicos o hereditarios.

La clasificación, para efectos visuales, puede efectuarse encerrando en un círculo aquellas palabras que los participantes consideren producto de la biología y subrayando aquellas que son resultado de la educación.

Un parámetro para definir una característica como producto de la contribución genética o proveniente de factores biológicos, es que, si el rasgo pertenece a la categoría mencionada, *todos* los seres humanos deberían tenerla en alguna medida. Por ejemplo, la valentía y la osadía: si el hombre la tiene por dotación biológica, *todos* los hombres deberían ser valientes y osados y no es así.

Hay casos en los que podría generarse discusión y polémica, como por ejemplo en la idea de que “el hombre debe tener el pene grande”. Esta característica es producto de la biología en tanto el hombre como especie es el único que tiene pene. Sin embargo, se está tomando

como mandato social: “el hombre *debe* tener el pene grande”, por lo tanto es producto de la educación al asociar el tamaño del pene con la hombría.

Otra discusión que podría generarse con esta técnica es la que sucede a la pregunta acerca de si la homosexualidad es algo biológico o producto de la educación. Como se verá en capítulos posteriores, la homosexualidad es una orientación sexual que no debe estigmatizarse por ser considerada “diferente”. Sin embargo, la discusión de cuáles factores pesan más en la definición de la orientación sexual de los participantes (biológicos, educativos o ambientales) no corresponde con los objetivos de la actividad. Basta con señalar que la orientación sexual de una persona no define su valor como persona y que, dentro del ámbito de la diversidad todas las personas tienen características diferentes y no pueden ser discriminadas o estigmatizadas por ninguna de ellas.

Para efectos de la técnica, es importante aclarar que no hay investigaciones científicas contundentes que expliquen las bases biológicas de la orientación sexual de una persona por lo que el ambiente viene a ser importante en este proceso. Por esto, en la discusión se debe rescatar el imperativo social de “no ser homosexual” como un mandato asociado al ser hombre y por lo tanto, producto de la influencia del medio.

Nota para el facilitador

Deben quedar claros en la discusión y el análisis, tanto la influencia que tiene el medio en la conformación de la masculinidad como los caminos que sigue la cultura para que las personas la introyecten por medio de mandatos y exigencias que se presentan de manera cotidiana y “natural”, o como parte de la naturaleza del ser humano.

Posiblemente muchos de los participantes separen lo aprendido y lo biológico por primera vez, por lo que debe destinarse suficiente tiempo para la clarificación de dudas y comentarios.

Por último, es importante resaltar la salvedad de que, como se pudo apreciar en esta técnica, muchas de las características que nos parecen naturales en los hombres, en realidad son *aprendidas*, por lo tanto, es posible *desaprenderlas* y buscar nuevas formas de ejercer la masculinidad que sean menos autodestructivas para los hombres.

Segunda Unidad.

Masculinidad y vida cotidiana

Actividad 6: Historias de hombres en el amanecer de su virilidad

Objetivo

Discriminar los llamados “rituales” o “momentos de pasaje” de la masculinidad en la vida de los participantes.

Materiales

Pliegos de papel periódico, marcadores, revistas para recortar, tijeras, goma, hojas blancas y bolígrafos.

Tiempo

2 horas.

Procedimiento

Se les indica a los participantes que cierren los ojos y que traigan al presente el momento en que ellos consideran que se hicieron hombres.

Se puede señalar que, si bien es cierto que podrían traer a la mente varias escenas, deben escoger la que consideran más significativa, la que refleja mejor el paso de niño a hombre.

Una vez que cada participante ha pensado en su escena, se les indica que pueden abrir los ojos en el momento en que se sientan preparados y cuando tengan clara su escena: que sucedió, quiénes participaron en ella, cómo se sintieron ellos con lo que pasó, etc.

Cuando se hayan incorporado todos, se le reparte a cada uno una hoja de papel en blanco y se les pide que dividan la escena en cuatro partes o viñetas, que reflejen la secuencia de acciones que contiene. Una vez que han segmentado la escena, se les indica que deben plasmar esa secuencia de eventos en la hoja que se les dio, ya sea por medio de dibujos o palabras, para compartirla con los compañeros.

Una vez que han hecho sus viñetas, los papeles se colocan en el piso y se desperdigan, a continuación se les indica que deben pasar viendo las viñetas de los compañeros como si fueran las piezas de un museo. Una vez que las han visto todas, se le pide que escojan la viñeta, diferente a la propia, con la que más se identificaron. Esto lleva a que se conformen grupos asociados por alguna característica común.

Cada participante puede recoger su viñeta para discutirla en el grupo que escogió y, una vez que todos han compartido su historia, se le entrega a cada subgrupo un pliego de papel periódico, las revistas para recortar, los marcadores y las tijeras y se les pide que elaboren un papelógrafo o collage que reúna la discusión generada por las historias relatadas por cada uno.

En plenaria, se presentan los papelógrafos o los collages elaborados por cada grupo y se abre la discusión acerca de los rituales de pasaje o momentos de transición hacia el modelo de masculinidad que cada sociedad tiene.

Nota para el facilitador

Los rituales de pasaje o momentos de transición se refieren a tareas o condiciones que los hombres deben cumplir para ser aceptados como tales por una sociedad o cultura determinada.

Dichas tareas, por lo general, se asocian con las características de la masculinidad deseables para cada cultura, por ejemplo, un ritual de pasaje en el cual, una persona siente que dejó de ser niño cuando ganó su primer salario, se asocia con la exigencia relacionada con que el hombre debe ser exitoso así como ser el proveedor económico de su casa; un recuerdo de sentirse hombre cuando tuvo relaciones sexuales por primera vez se asocia con la exigencia de ser procreador y, un recuerdo de su primera pelea, con el mandato de ser violento.

Es importante, por lo tanto, asociar el mandato con su interiorización para poder cuestionar su relación y su puesta en práctica en la vida cotidiana.

El análisis de estos rituales de pasaje propicia la reflexión en cuanto a otras tareas que se le imponen al hombre en la vida cotidiana, esto con el fin de identificar los momentos de transición y modificarlos, si se desea.

Actividad 7: Dicen por ahí...

Objetivo

Identificar las creencias populares acerca del ser hombre a fin de que los participantes decodifiquen y modifiquen los mandatos asociados al ser hombre por medio de refranes populares.

Materiales

Hojas con refranes: en una hoja tamaño ficha se escribe un refrán, el cual, asimismo, se divide en dos partes; se le entrega la mitad de un refrán a un participante, y la otra mitad, a otro, de forma tal que todos los miembros del grupo tengan la mitad de un refrán. En el anexo 1 se sugieren una serie de refranes que tienen relación con los hombres.

Tiempo

30 minutos.

Procedimiento

Se le entrega a cada participante la mitad de un refrán, cuyo complemento se le entrega a otro compañero del grupo sin que ninguno de los dos conozca a quién le correspondió su complemento.

Una vez que cada miembro del grupo tenga su parte del refrán, se les indica a los participantes que deben buscar a la persona que tiene la otra mitad y completarlo. Cuando se hayan encontrado, deben comentarlo en cuanto a qué les genera así como sus opiniones respecto de lo que menciona.

Nota para el facilitador

La idea de esta técnica es generar conciencia acerca de los mensajes que son emitidos a los hombres por medio de refranes de uso popular y cuyo contenido se repite y reproduce sin que seamos conscientes de ello.

Por esto, los refranes sugeridos para esta actividad han sido seleccionados precisamente por su contenido, ya que sostienen o reafirman estereotipos relacionados con la masculinidad.

Esto no quiere decir que el facilitador no pueda incorporar otro refrán que se adapte mejor a las creencias de la comunidad de donde provienen los hombres con quienes va a trabajar.

Actividad 8: Los modelos de masculinidad

Objetivo

Promover la reflexión en los participantes acerca de los modelos de masculinidad presentes en la sociedad moderna a partir del análisis de figuras famosas en los medios de comunicación (actores, modelos, cantantes, deportistas, etc.).

Materiales

Una superficie adecuada para hacer anotaciones, que sea visible para todos los participantes, puede ser un papel periódico pegado en una pared y un marcador permanente (azul o negro) o, si se posee, una pizarra (acrílica o tradicional) y un marcador para pizarra o tiza.

Tiempo

1 hora.

Procedimiento

Se les pide a los participantes que mencionen todos los nombres de hombres famosos, deportistas, actores, cantantes, modelos, etcétera; que ellos creen que a las mujeres les gustan.

Conforme los participantes responden, el facilitador anota los nombres en la pizarra o en el papel periódico. Cuando se considere suficiente, se les pide a los participantes que escojan tres personajes que definitivamente les gustan a las mujeres.

Cuando se tenga la lista completa y se hayan seleccionado los personajes masculinos que más les gusten a las mujeres, se contrastarán los resultados con alguna clasificación que se haya obtenido de páginas de Internet o revistas de moda en la cual aparezcan resultados de encuestas relacionadas con el tema.

La idea de contrastar los nombres sugeridos por los participantes con los resultados de consultas hechas a mujeres, se origina en la diferencia entre lo que los hombres fantasean que les gusta a las mujeres y lo que realmente las mujeres afirman que les gusta.

Por ejemplo, los hombres tienden a creer que a las mujeres les gustan hombres como Vin Diesel, Brad Pitt (en la película Troya) o Dwayne Johnson (La roca); quienes son hombres muy fornidos y con cuerpos particularmente musculosos. Sin embargo, en las encuestas para las mujeres se sugieren nombres como Johnny Depp, Orlando Blum y, entre las adolescentes, Zac Efron; quienes poseen cuerpos menos fornidos y muestran características físicas más cercanas a hombres promedio.

Analizar esta distorsión nos puede llevar a la idea de que, en realidad, lo que los hombres piensan que a las mujeres les gusta es el modelo de masculinidad que a ellos se les ha impuesto, lo cual, no solo tiene que ver con un elemento estético vinculado al cuerpo, sino con que, por medio del cuerpo, se transmite una idea de hombre fuerte, valiente y osado.

Cuando se contrasta la realidad con el modelo de masculinidad impuesto al varón, la disonancia entre fantasía y realidad puede resultar tan pesada que el uso de la violencia como producto de la frustración actúa como ilusión compensatoria del ideal perdido.

Nota para el facilitador

Es importante que la discusión no se agote en ver cuáles son los modelos de masculinidad, sino que también explore las consecuencias que dichos modelos acarrearán a la vida de los hombres.

Actividad 9: Los superhéroes

Objetivo

Identificar patrones sociales asociados a la masculinidad que se transmiten por medio de personajes fantásticos y superhéroes presentes en caricaturas y películas.

Materiales

Grabadora, canciones de películas.

Tiempo

1 hora.

Procedimiento

Se divide al grupo en subgrupos de máximo seis miembros y se les pide que nombren un representante.

Se coloca en un extremo del salón una cantidad de sillas proporcional a la cantidad de participantes y en el otro extremo una única silla.

Se les indica que el facilitador va a reproducir temas musicales de películas, fábulas o programas de televisión y que, si el representante del grupo sabe de cuál se trata, debe correr hasta la silla que está colocada al otro lado del salón y, una vez sentado, decir el nombre.

Si acierta el nombre del tema se le otorga un punto al grupo y si no, se le da oportunidad a otro participante.

Los grupos, mientras tanto, pueden apoyar a su representante y asesorarlo en el nombre de los temas, incluso podrían cambiar de jugador cada cierta cantidad de turnos.

Una vez que se han recordado una cantidad considerable de temas (es importante que el facilitador trate de pasar revista por la mayor cantidad posible de temas con la mayor variedad posible de personajes) se hace un recuento tipo “lluvia de ideas” de las series de televisión, películas o caricaturas que los participantes recuerdan como importantes durante su infancia.

Posteriormente se les indica que, en los mismos subgrupos, elaboren un cartel en el que indiquen los cinco superhéroes o personajes que más retratan el ser hombre y los cinco que menos lo hacen.

Se puede señalar que, al igual que hay variedad de personajes, hay tipos de hombres, por lo tanto, se les pide que clasifiquen a sus amigos, familiares y conocidos según categorías que ellos establezcan a partir de los tipos de personajes. Por ejemplo, un grupo podría ser los Homero Simpson y en ese entrarían los borrachos, despreocupados, etc. Otro grupo lo

conformarían los deportistas y más energéticos, los cuales pertenecerían a los Rocky, y así sucesivamente.

Por último, en plenaria, se discute la influencia de los personajes heroicos en la conformación de la masculinidad y cómo estos han intervenido en la imagen que poseen los participantes de lo que debe ser hombre.

Nota para el facilitador

Esta técnica permite abordar el tema de la educación de la masculinidad desde el afecto, prueba de ello, es que se trabaja con algo muy cercano durante la infancia: los superhéroes.

Es importante que se aclare que la educación de la masculinidad no es algo impuesto de manera violenta; más bien, por el contrario, la mayoría de las veces se da de un modo sutil y rodeado de cariño y afecto. Por esto, recordar los superhéroes nos permite reconocer la forma en que, asociada a un personaje cargado de afecto, la cultura transmite valores patriarcales como la **violencia física**. Estos valores quedan ocultos por el cariño y la admiración depositados en ellos. Los superhéroes, los juegos con soldados, con pistolas y rifles, los robots o los juegos de video, están cargados de un fuerte contenido **violento** que es incorporado en los afectos de los hombres desde muy temprana edad. De esta manera, y debido a que no se tiene conciencia de los mandatos asociados a la violencia, esta es vista como natural.

Las repercusiones para la vida adulta podrían ser, entre otras, que a los hombres se les enseñe a agredir, a ser violentos y a las mujeres a cuidar a otros (muñecas, casita, barbie); que a los hombres se les enseñe la osadía y la valentía destructiva (juegos de guerra) y a las mujeres a conectarse con las necesidades de las otras personas (cocinita, trastitos).

Ambos casos tienen ventajas y desventajas, sin embargo, en el caso del hombre, el que nos concierne, la imposibilidad de conectarse afectivamente con otra persona y la barrera en la escucha de sus necesidades por medio del aprendizaje de la violencia, marca e interfiere en las relaciones que establecen los varones a lo largo de su vida.

Por último, es fundamental señalar que los superhéroes transmiten los llamados “ideales de masculinidad”, los cuales son mandatos implícitos (son sutiles o no tan evidentes) que la sociedad le dicta al hombre. El superhéroe no muestra dolor, no siente tristeza y si la siente, la oculta; no tiene tiempo para tener relaciones de pareja porque debe salvar al mundo y el amor de pareja es señal de debilidad y esta riñe con la idea de salvar al mundo. Esta concepción de “salvar al mundo” se puede vincular con el mandato social del hombre a ser exitoso, tener mucho dinero y muchas mujeres (sin establecer intimidad con ninguna). Además, la idea de salvar al mundo está acompañada por el ejercicio de la violencia. El superhéroe debe ser tanto o más agresivo y violento que los villanos contra los que combate, por lo tanto, la violencia parece también ser una de las maneras en que se forma

**Tercera Unidad.
Repercusiones de los procesos
de socialización masculina
en los hombres**

Actividad 10: Algunas consideraciones puntuales de la sexualidad masculina (anotaciones al margen del camino)

Objetivo

Presentar y discutir algunas consideraciones conceptuales relacionadas con la sexualidad masculina a fin de aclarar términos vinculados con el tema.

Materiales

Pizarra o un papel periódico para hacer anotaciones.

Tiempo

1 hora.

Procedimiento

Por medio de una charla participativa, se presentan y discuten conceptos básicos relacionados con la sexualidad masculina a fin de someter a debate estas temáticas.

Esta actividad se plantea en este momento del proceso, debido a que es importante clarificar conceptos y, a partir de estos, mitos en relación con la sexualidad masculina junto con los temores asociados a estos mitos.

De esta forma, se sugiere aclarar conceptos básicos que plantea la literatura especializada como el sexo biológico, la identidad de género, el rol de género, la orientación sexual y las prácticas sexuales.

Una vez que se ha hecho una presentación somera de los términos mencionados, se abre la discusión acerca de las vivencias o las dudas de los participantes respecto del tema.

Nota para el facilitador

Es importante hacer esta distinción. La indefinición de conceptos ha llevado a las personas a creer que la sexualidad masculina es lineal y que se asienta en una sola forma de desarrollarse (basada en el trinomio erección-penetración-eyaculación). Sin embargo, presenta múltiples matices y manifestaciones.

Esta primera definición, permite romper un mito muy difundido, el cual a su vez está relacionado con la idea de que los homosexuales se visten como mujeres o tienen conductas muy afeminadas. La orientación sexual no tiene ninguna relación con la forma de comportarse. Muchos de los comportamientos de las personas no responden a las ideas o prejuicios que nos hemos formado anteriormente, por esto, es importante discutir y aclarar las dudas que surjan al respecto.

Como aclaración para el facilitador, la primera categoría que se propone para ser explicada al grupo, *el sexo biológico*, se refiere a las características de los seres humanos desde su

composición biológica y su dotación genética, es decir, lo que los hace *machos o hembras*. De esta forma, si tiene pene y testículos será macho y si tiene útero y vagina será hembra.

La segunda categoría, *la identidad de género*, se refiere al sentimiento íntimo y personal de creerse hombre o mujer. Cuando este sentimiento no coincide con el sexo biológico, la persona trata de modificar su cuerpo de forma tal que logre parecerse a la imagen que tiene de sí misma. Se conoce como transexual.

La tercera categoría, el *rol de género*, está directamente vinculada con las pautas de comportamiento, las normas, las formas de vestir, las atribuciones y los mandatos que la sociedad le asigna a una persona dependiendo de su sexo biológico. Corresponde a cuando se habla de masculinidad o feminidad y está relacionada con las expectativas sociales, o sea con lo que se espera de una persona dependiendo de su sexo.

La cuarta categoría se ha designado como *orientación sexual* y tiene relación con el sexo de las personas por las cuales el sujeto siente atracción sexual y erótica para establecer relaciones de pareja. Se habla de tres posibilidades: homosexual (relaciones entre personas del mismo sexo), heterosexuales (personas de diferente sexo) y bisexuales (establece relaciones con ambos sexos por igual).

Por último, la quinta categoría está asociada a *las prácticas sexuales* y a las actividades eróticas que la persona desea realizar a la hora de tener relaciones sexuales.

La anterior clasificación, puede sintetizarse en el siguiente cuadro:

Sexo biológico	Identidad de género	Rol de género	Orientación sexual	Prácticas sexuales
Macho Hembra	Hombre Mujer	Masculino Femenino	Heterosexual Homosexual Bisexual	Dependen de las preferencias de las personas

Actividad 11: MATEA ³

Objetivo

Identificar las principales emociones que experimentan los hombres y reflexionar acerca de ellas y de la forma en que las manejan.

Tiempo

1 hora 20 minutos.

Materiales

Hojas blancas, bolígrafos.

Procedimiento

Para esta actividad, se prepara el ambiente previamente, para ello, se puede utilizar incienso o algún aromatizante agradable que permita crear un ambiente confortable. Se debe buscar una música suave y relajante.

Se les explica a los participantes que van a realizar una meditación, por lo que deben colocarse de la manera más confortable posible, con la espalda recta y las manos cayendo sobre los muslos.

Luego, se les pide que cierren los ojos, a continuación se efectúan algunas respiraciones profundas y se les dice que *deben concentrarse en la actividad presente, es decir, dejar de lado el mundo fuera del lugar donde están. Relajar poco a poco los músculos del cuello, la cara, los hombros, los brazos, piernas y concentrarse en la voz del/a facilitador/a.* Estas indicaciones deben expresarse de manera pausada y deben dar oportunidad para que puedan concentrarse en ella.

Ahora, el/la facilitador/a va a trabajar con base en 5 emociones: Miedo, Afecto, Tristeza, Enojo, Alegría: MATEA, de la siguiente manera: *“una vez que nos sentimos relajados vamos a pensar en una situación en la que hayamos sentido miedo. ¿Cómo es el miedo para mí? ¿En qué parte del cuerpo deposito el miedo? ¿De qué color es el miedo para mí?”.* Esto se dice con cada una de las 4 emociones restantes.

Una vez concluida la relajación, se le dice al grupo que, lentamente, según lo sientan, abran los ojos. Después, se le pide al grupo que, en una hoja de papel, escriban las 5 emociones que componen MATEA: Miedo, Afecto, Tristeza, Enojo y Alegría. Se les solicita que le asignen a cada una, un número de 1 a 5, según la dificultad para expresarlas. De la siguiente manera:

³ Actividad basada en el texto de Promundo “Razones y Emociones: Serie Trabajando con Hombres”, PAPAI, Proyecto H, Promundo, Brasil.

1 y 2, las emociones que menos me cuesta manejar.

3 es neutro, no me cuesta ni es fácil, me es indiferente.

4 y 5 las emociones que más me cuesta manejar.

Una vez que han escrito sus números, se propicia una discusión en la que se tomen como puntos de partida:

- ¿Cómo fue la experiencia de las diferentes situaciones relacionadas con las emociones?
- ¿Cómo manejan las emociones los hombres y las mujeres?
- ¿Qué relación tiene el manejo de las emociones con el cuerpo?
- ¿Tendrá alguna relación el manejo de las emociones con el ser hombre, y por lo tanto con la visión del propio cuerpo?

Nota para el facilitador

Un punto importante para comentar dentro del grupo es que las emociones no son buenas ni malas, femeninas ni masculinas, sino que son recursos humanos. Además, que no somos responsables de cómo las sentimos, pero sí de lo que hacemos por lo que sentimos. En relación con el enojo, es importante que el grupo pueda reconocer la diferencia entre la violencia y la expresión directa y verbal de un enojo. Preguntas como ¿Qué podemos hacer para expresar libremente nuestras emociones? ¿Cómo puedo flexibilizar la expresión de lo que siento? pueden ayudar al autoconocimiento, para propiciarlo, se les puede sugerir que anoten sus reflexiones individualmente y, si lo desean, que las compartan en pequeños grupos.

Señale: suele suceder que el sentimiento más permitido para algunos hombres es el enojo. El enojo es un sentimiento humano que experimentan tanto mujeres como hombres; el problema es cuando no se expresa adecuadamente y termina emitiéndose con grandes estallidos de ira, los cuales pueden acompañarse de violencia verbal, emocional y, no pocas veces, de violencia física contra las mujeres, o algunas veces, también contra otros hombres.

Como CIERRE, debe enfatizarse que las emociones pueden ser vistas como una forma de energía que nos permite sacar aquello que nos oprime y daña internamente. Lograr su expresión sin dañar a otros nos ayuda a fortalecernos más y a relacionarnos mejor con el mundo que nos rodea. Las diferentes emociones son sencillamente el reflejo de necesidades afectivas, lo mejor es no instalarse en una o dos emociones, sino moverse en todas ellas según aparezcan sucesos en nuestras vidas. Generalmente, desde edades muy tempranas se les suele proponer/imponer a los niños que no se deben enojar o ser miedosos y que las niñas se ven feas cuando muestran su enojo. La salud emocional tiene que ver con la flexibilización en el manejo de las emociones, pues estas son recursos para identificar y expresar nuestras necesidades.

Actividad 12: Reconociendo los mandatos de la masculinidad y el castigo a su desobediencia: Entre broma y broma...

Objetivo

Identificar algunas características socialmente asociadas a lo masculino por medio de los chistes que se cuentan popularmente.

Tiempo

45 minutos.

Materiales

Hojas blancas, tamaño carta, una para cada participante.
Lapiceros, uno para cada participante.

Procedimiento

Se divide al grupo en subgrupos de 4 o 5 personas y se le entrega a cada participante una hoja y un lapicero.

Posteriormente, se les solicita que, de manera individual, anoten todos los chistes acerca de hombres y de mujeres que se sepan (es importante que se aclare a los que no censuren el chiste, que lo cuenten tal cual se lo saben).

Luego, se comentan de manera grupal y se anotan en una hoja aparte (diferente de las individuales) todos los chistes que pudieron recordar los participantes.

En plenaria, se comentan los chistes y se aclara que, si algún participante conoce el chiste en una versión diferente, por favor incorpore su versión a la discusión.

Por último, se analiza colectivamente el contenido de los chistes y se aclara que, en el acto de construir una broma, la sociedad expresa muchas de las ideas que se tienen con respecto a algo, y que, por lo general, lo que causa risa son todas aquellas características de una persona que se salen de lo establecido por la sociedad, como el caso de los nicaragüenses, los afrodescendientes, los indígenas o, en este caso, las mujeres y los hombres.

Es importante que se rescate dentro de la discusión, cuál es la visión social de las mujeres y de los hombres que se puede leer por medio del chiste y cuestionar de dónde pueden provenir dichas ideas.

Nota para el facilitador

Los chistes son una de las formas por medio las cuales la cultura expresa ideas acerca de determinados temas y transmite, de manera graciosa, prejuicios o ideas erradas acerca de determinados grupos o temas. En el caso de la masculinidad pueden surgir chistes de corte machista como por ejemplo “¿Cómo se le da más libertad a la mujer?, R/ Ampliándole la

cocina”, o “¿Cuántas neuronas tiene una mujer?, R/ 4, una para cada disco de la cocina”. Para ambos ejemplos es importante que se señale, no solo la idea de que la mujer debe pertenecer al ámbito doméstico (a la casa) y estar confinada a él, sino que la forma en que se dice es agresiva también y se transmite como un mandato.

Es importante que el facilitador se dé una idea de cuáles chistes podrían surgir, a fin de que tenga una idea previa de los prejuicios que podrían aparecer, de esta forma estará preparado para señalarlos o reflexionar sobre ellos. Es recomendable que hable con amigos o amigas, personas conocidas, familiares o vecinos y vecinas y les pregunte acerca de chistes que conozcan.

Es fundamental señalar que, el chiste y la burla son también una forma de agresión, que pretende castigar con la ridiculización aquellas conductas que son socialmente no deseadas, como la debilidad, el miedo o la vulnerabilidad en los hombres.

Por último, debe quedar muy claro que, si bien es cierto que el chiste es una de las formas más comunes que tenemos de interactuar con otras personas, el contenido de los chistes nos transmite ideas sobre las cuales es importante reflexionar. No debe quedarse ningún chiste sin ser analizado, ya que esto podría dar la idea de que estamos de acuerdo con lo que dice.

**Cuarta Unidad.
Introducción a los estudios
sobre masculinidades**

Actividad 13: Análisis de lectura: Introducción a los estudios sobre masculinidades. Primera parte: divergencias políticas

Objetivo

Propiciar la adquisición de conocimientos básicos sobre algunas de las principales corrientes que procuran analizar la condición masculina.

Generar elementos para distinguir las propuestas conservadoras de aquellas que abren la posibilidad de cambios en la condición masculina.

Materiales

Fotocopias de la lectura “Introducción a los estudios sobre masculinidades. Primera parte: divergencias políticas”. La lectura se presenta en el anexo 2.

Papel periódico o pizarra.

Marcadores para pizarra acrílica.

Tiempo

De 2 horas 30 minutos a 3 horas.

Procedimiento

La base de la actividad es la discusión de diferentes posturas conceptuales. Para ello, se adjunta en el anexo 2 una **lectura como material de apoyo** que se titula: “Introducción a los estudios sobre masculinidades. Primera parte: divergencias políticas”.

Es indispensable que el facilitador haya estudiado la lectura antes de dirigir esta actividad.

Lo ideal es que también los participantes del taller la hayan leído. Su lectura previa brinda mayores posibilidades para que en el grupo se abra al debate y para que se generen dudas e inquietudes. Por eso, **se recomienda entregar la lectura a quienes vayan a participar en el taller, al menos con 15 días de antelación.**

Para tales efectos, la lectura puede ser reproducida por la vía de la fotocopia.

Los participantes no siempre tienen la oportunidad de revisar las lecturas. Otros las olvidan y no llevan sus fotocopias a la actividad. Por eso, para garantizar que la actividad llegue a buen puerto, **se recomienda que el facilitador reproduzca físicamente la lectura y lleve varios juegos con el fin de brindárselos a quienes así lo requieran.**

Durante la actividad de análisis, el facilitador debe asignar, a uno o varios participantes, una sección de la lectura con el fin de que sea expuesta, en sus puntos principales, al resto de los compañeros, con la finalidad de que luego se abra el debate.

Si dos o más compañeros tienen la misma parte de la lectura, puede solicitar que uno exponga los principales puntos y que otros planteen las preguntas que les ha generado, lo cual puede facilitar el debate.

Se recomienda que, inmediatamente después de la exposición de cada segmento, se inicie el debate sobre esa sección en particular. El facilitador puede anotar las ideas principales en una pizarra o en un pliego de papel periódico para conducir el debate.

Debe considerarse que, aún cuando la lectura haya sido hecha con anterioridad, debe brindarse a los participantes un tiempo prudencial (20 a 40 minutos) con el fin de que sistematicen sus ideas. Este tiempo permitirá, igualmente, que aquellos que no hayan hecho la lectura no sean excluidos de la actividad, por el contrario, les dará tiempo para preparar la exposición de su parte. En estos casos, se recomienda asignarles los apartados o acápites más cortos de la lectura.

Notas para el facilitador

Para apoyar al facilitador en el debate, se brindan algunas claves sobre la lectura “Introducción a los estudios sobre masculinidades. Primera parte: divergencias políticas”:

- Bajo el título “Tesis del autor”, se encuentran las ideas claves que plantea cada uno de los autores y las corrientes analizadas en la lectura.
- Bajo el título de “Argumentos para debatir”, se encuentran las posibles respuestas para argumentar en contra o a favor de cada autor o corriente de pensamiento.

Estos elementos se organizan siguiendo el orden de los apartados de la lectura en cuestión.

Apartado 1. El patriarcado como determinación.

Tesis del autor:

El autor Steven Goldberg definió el patriarcado como “toda organización política, económica, religiosa o social, que relaciona la idea de autoridad y de liderazgo principalmente con el varón, y en la que el varón desempeña la gran mayoría de los puestos de autoridad y dirección”.

Argumentos para debatir:

En este pasaje, el autor únicamente hace una observación de lo que ya es evidente: en muchas sociedades son los hombres quienes ostentan el poder.

Tesis del autor:

Todas las sociedades aceptan la existencia de pensamientos relacionados con que la voluntad de la mujer “está algo subordinada” a la del hombre; de que la autoridad en las

relaciones entre hombres y mujeres y dentro de las familias reside en el varón” y, de que lo hacen “*porque no les queda más remedio*”.

Argumentos para debatir:

Es cierto que en las sociedades donde los hombres dominan existe este tipo de pensamientos que valida la subordinación de las mujeres y la autoridad de los varones.

Estos sentimientos se originan en la costumbre de muchos años y en los mandatos culturales que socializan a niños y niñas. Ambos elementos se convierten en una creencia tan arraigada que da forma a la manera de actuar y de valorar el mundo de los sujetos.

Asimismo, la situación no puede cambiar en la medida en que no se cuestione este imaginario.

Sin embargo, el cambio es posible porque estas ideas son una construcción cultural. Y la cultura es elaborada por personas particulares en su interacción social. Si estos sujetos modifican su forma de pensar y de actuar, también transformarán su forma de sentir.

Cuando se transforma la interacción entre individuos, también se modifica la cultura. La cultura, por su parte, se define como un “cuerpo de creencias y valores, socialmente adquiridos y modelados que sirven a un grupo organizado” (Mintz y Price, 1992: 23). El hecho de que las creencias y valores se modelen y construyan socialmente, implica que el cambio es posible. De esta manera, el argumento de que la autoridad masculina y la subordinación se acepta “*porque no les queda más remedio que hacerlo*” es falsa.

A esta serie de posturas que implica la *conservación* del orden, se le conoce como teorías *conservadoras*.

Tesis del autor:

No se trata de enjuiciar lo que es bueno o lo que es malo, lo que debería ser y lo que no. Para él, “la ciencia no puede validar ni invalidar apreciaciones subjetivas”.

Argumentos para debatir:

Las ciencias positivistas como la de Goldberg, asumen que la ciencia debe describir lo que ellos consideran “la realidad”. Sin embargo, otras posturas, tanto dentro de las ciencias naturales como de las sociales, consideran que, a partir de la interpretación y del análisis crítico, la ciencia no tiene más propósito que mejorar la condición de vida, tanto de los seres humanos como de todos los demás seres vivos.

Esta contraposición muestra que la ciencia no es neutral, que tiene implicaciones, ya sea para mantener el estado de cosas o para cambiarlo. Si la ciencia no toma una posición, pierde su razón de ser.

La ciencia, como toda actividad humana, es inter-subjetiva, es decir, se construye a partir de la interacción de los seres humanos con sus pares. Por definición, aunque la ciencia procure ser “objetiva”, no puede dejar de lado las emociones humanas, pues las personas son integrales.

Por eso, el análisis científico implica tomar una posición, develar lo que afecta negativamente a todos los seres vivos, al planeta y a las sociedades humanas, y debe proponer respuestas alternativas para mejorar sus vidas.

Tesis del autor:

Simple y sencillamente “el dominio masculino es universal; no hay sociedad que jamás haya dejado de adaptar lo que espera del hombre y de la mujer, así como los roles sociales correspondientes” (Goldberg; 1976:32).

Argumentos para debatir:

La investigación antropológica ha mostrado que sí han existido otras formas en las que no ha existido el dominio masculino, como se discutirá más adelante a partir del Apartado 3. Esto muestra la posibilidad de que las cosas sean diferentes tanto para hombres como para mujeres. Es decir, se pueden construir formas de ser mujer u hombre distintas a la patriarcal. El principio de “universalidad” que busca justificar esta inamovilidad niega la historia, es decir, el hecho de que las cosas cambian. Un vistazo comparativo a las generaciones de nuestros abuelos y abuelas y al de las generaciones más jóvenes bien puede mostrar que el cambio en las formas de ser de mujeres y hombres es evidente.

Apartado 2. La novedad de lo viejo: la masculinidad arquetípica o de la perpetuación de la masculinidad tradicional.

Tesis del autor:

Moore y Gillette, han planteado que en el presente hay una crisis de la identidad masculina. Esta se debe a una falta de “conexión adecuada con las energías masculinas profundas e instintivas”.

Argumentos para debatir:

En realidad, la identidad masculina no es instintiva, es decir, no tiene relación con el instinto.

Es una construcción social, una forma específica de ser hombre que depende de la cultura.

Tesis del autor:

Los potenciales masculinos “están bloqueadas por el patriarcado (...) y por la crítica feminista a la poca masculinidad a la que pueden aferrarse (...)”.

Argumentos para debatir:

El concepto de patriarcado se refiere al derecho de los hombres y de cómo este subordina a las mujeres en los diferentes planos de la vida social (Sanahuja; 2002: 19-20).

No resulta muy claro lo que Moore y Gillette quieren decir con este “bloqueo” que el patriarcado produce en los potenciales masculinos. Si se pensara que el patriarcado limita las posibilidades de los hombres en áreas como la política o el trabajo, los autores se equivocarían, pues más bien ahí han salido favorecidos. Si, por otra parte, opinaran que el patriarcado restringiría potenciales como la expresión del afecto, el derecho al disfrute de cuidar a niños y niñas en paridad con las mujeres, entonces, sí tendría sentido lo señalado por los autores.

Por otra parte, sobre el feminismo se suele hablar con absoluto desconocimiento de sus propuestas. El punto central del cual parte el feminismo contemporáneo ha sido la exclusión de las mujeres (Evans, 1997: 20) y la crítica a los hombres se desarrolla en la medida en que, en el marco de un sistema social complejo, estos han participado en dicha exclusión. Podría decirse que la crítica feminista se dirige a una forma de ser hombre que contribuye a subordinar y excluir a las mujeres.

Tesis del autor:

El bloqueo de la masculinidad se debe a la falta de un proceso de iniciación mediante el cual se podría haber logrado un “sentimiento de masculinidad”. En este proceso de iniciación, basado en la homosocialización (la socialización de los hombres excluyendo a las mujeres y a “lo femenino”). Entonces, surgen los arquetipos de la masculinidad, los cuales son “estructuras profundas de la psique masculina madura”.

Argumentos para debatir:

Estos autores suponen que la masculinidad madura se encuentra en nuestra “psique”, como si estuviera aislada de la sociedad, que es la que realmente la produce, con la participación de hombres y mujeres. Otros afirmarán que la construcción social implica un impacto sobre la psique de los sujetos, pero no es que vengamos con una programación pre-definida. Al referirse a la existencia de esta programación previa, se habla de arquetipos.

Tesis del autor:

Existen cuatro arquetipos básicos:

- 1) Rey, todopoderoso y centro del universo.
- 2) El Guerrero, a quien, a la manera del *marine* de guerra norteamericano, le concierne la “habilidad, el poder y la precisión, (...) el control de lo psicológico y lo físico, lo interior y lo exterior (...) la capacidad de soportar el dolor (...)” (Moore y Gillette; 1993: 99).
- 3) El Mago, arquetipo del pensamiento y la reflexión, cuya conformación de sí mismo “es inamovible en su estabilidad, centralizada y emocionalmente fría” (Moore y Gillette; 1993: 124).
- 4) El Amante, quien está “cerca del inconsciente [lo que] significa estar cerca de los fuegos de la vida, a nivel biológico (...)” (Moore y Gillette; 1993: 137).

Argumentos para debatir:

Estos arquetipos no entrañan nada distinto al patriarcado, pues reproducen los estereotipos de la masculinidad tradicional.

El rey es la perpetuación de la dominación de los hombres sobre las mujeres, él como centro del universo; parece reproducir el androcentrismo = el varón como centro y medida de toda la experiencia humana.

El guerrero reproduce una lógica de la violencia, supuestamente inherente a la masculinidad, así, la imposibilidad de los hombres de mostrar sus afectos por medio del autocontrol.

El mago, como prototipo de la racionalidad que, nuevamente, inhibe una vivencia sana de la emocionalidad de los hombres. Promueve la contención de los afectos.

El amante, que remite el amor y la sexualidad a lo biológico, obvia su construcción social, su carácter de relación compartida y construida en la escucha del otro. El amor y la sexualidad tienen un aporte biológico, pero no es lo único ni lo que predomina. El instinto está mediado por la cultura, por lo tanto, es falso que la sexualidad de los hombres se guíe por el instinto.

Apartado 3. Hacerse hombre: función social de la virilidad.

Tesis del autor

El antropólogo David Gilmore, a partir de estudios de diferentes lugares del mundo, propone que la masculinidad es una construcción cultural. Los grupos empujan a los varones a que actúen como “hombres de verdad”.

Argumentos para debatir:

El principal acierto de este autor es introducir al debate que la masculinidad es fomentada por el grupo social de referencia. Son los sujetos que conforman la cultura quienes definen los parámetros que los varones deben seguir para ser “hombres de verdad”.

Tesis del autor

Más que de “universalidad”, habría que hablar de tendencias y paralelismos en la “imaginería masculina”. Para ser un hombre “uno debe [cumplir tres aspectos:] preñar a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares”.

Argumentos para debatir:

Gilmore busca factores comunes en la virilidad de los hombres en diferentes culturas. Pero, a diferencia de la postura de Moore y Gillette, considera dudoso que exista una estructura profunda “intrapsíquica” de la masculinidad que no tiene historia ni cultura. Tampoco piensa, como Goldberg, que en todas las sociedades ha existido la dominación de los hombres sobre las mujeres. Para ello presenta el caso de los semai y los tahitianos. Los semai huyen para sobrevivir, no pelean. Los tahitianos no tienen una noción de virilidad o de hombre de verdad en su cultura.

Gilmore pondría en evidencia que ser marido, padre, amante, proveedor y guerrero, lejos de depender de una estructura arquetípica sin historia y sin contexto, es más bien una demanda social que puede variar. Se trata de un artificio de la cultura.

Tesis del autor

Gilmore considera que la virilidad bajo presión, competitiva, fuerte y, en ocasiones, violenta, sirve a los grupos humanos para sobrevivir y enfrentar la falta de recursos materiales. Por ello, propone que no es posible deshacernos de ella en tanto sea necesaria: “mientras haya batallas por ganar, alturas por escalar y trabajo duro por hacer, algunos de nosotros tendremos que ‘actuar como hombres’”.

Argumentos para debatir:

Del planteamiento de Gilmore se colige que, si la virilidad es una construcción altamente funcional, va a ser socialmente *necesaria*, al menos hasta que las condiciones sociales cambien. Sin embargo, la trampa de esta conclusión radica en que, para que las circunstancias se modifiquen, es imperioso que se constituyan sujetos sociales que impulsen transformaciones y que efectúen rupturas. Aunque, invalida la pretendida universalidad del patriarcado de Goldberg, al igual que este esgrime una supuesta neutralidad de la ciencia, y con esto pretende dejarla fuera del terreno de la propuesta de soluciones.

Por lo anterior, afirmamos que, si bien Gilmore avanza en un sentido crítico ya que no ve la masculinidad como un producto instintivo o invariable, mantiene una perspectiva conservadora.

Apartado 4. Género y cultura: debates y perspectivas dentro de las posturas críticas de la masculinidad tradicional.

Tesis del autor y argumentos para el debate:

Más que diferenciar a los distintos autores de esta corriente que hemos denominado “críticas” de la masculinidad tradicional, procederemos a enunciar los principales puntos, muchos de ellos en común. Estos son, en sí mismos, puntos por ser debatidos.

El supuesto de fondo de los estudios que a continuación reseñaremos es que *el hombre no nace, se hace*; lo cual quiere decir, como afirma también Gilmore, que ser hombre es una construcción cultural.

Como producto cultural, se entiende “la masculinidad como un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo” (Kimmel; 1997: 49).

En tanto histórica, “la virilidad no es estática ni atemporal” (Idem).

Por otra parte, cuando las mujeres redefinen su identidad frente a nuevas aspiraciones o frente a cambios sociales de tipo económico, militar, etc., se desestabiliza la masculinidad. Esta desestabilización no solo produce reacciones conservadoras por parte de los hombres,

quienes ven su virilidad cuestionada cuando, por ejemplo, notan que las mujeres desempeñan tareas que eran tradicionalmente masculinas o que controlan sus propios proyectos de vida, sus cuerpos y sus aspiraciones; sino que además abre paso al cuestionamiento de construcciones alternativas en las cuales prima la igualdad de oportunidades.

La mayoría de las perspectivas *críticas* tiene el tema del poder como categoría central de análisis: el poder de hombres sobre mujeres y de hombres sobre otros hombres.

La masculinidad dominante ha sido conceptualizada como “masculinidad hegemónica”: es “la imagen de masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder” (Kimmel).

Para otros, como Bourdieu (2000: 21), “la división entre los sexos parece estar en el orden de las cosas, como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable”. Esto significa que nuestra cultura promueve la falsa idea de que la división existente entre hombres y mujeres es natural, no histórica. Al sacar la dominación masculina de la historia y de la cultura, aparece “naturalizada”, como algo que se aprende. Por eso, se piensa en los espacios y las cosas como objetos que tienen sexo: cocina=femenino; oficina=masculino; escoba=femenino; portafolios=masculino.

En otras palabras, esta perspectiva permite cuestionar el estado de cosas y señalar el carácter social de la división y la desigualdad entre los sexos así como de la dominación masculina. De ahí su potencial crítico.

Al ver esta serie de cuestiones como construcciones sociales, es decir, al evidenciar su plasticidad, permite apostar por el cambio individual y colectivo.

Actividad 14: Análisis de película (opcional)

Objetivo

Analizar una película aplicando algunos de los conceptos básicos discutidos en la actividad 13.

Materiales

DVD de película o conexión a internet para reproducir película en línea.
Televisor o proyector y DVD o computadora y proyector.

Tiempo

2 horas 30 minutos a 3 horas.

Recomendación:

Película *Full Monty* (traducida al español como “Todo o nada”). Inglaterra, 1997. Dirigida por Peter Cattaneo.

Procedimiento

Una forma lúdica de aprendizaje es incorporar materiales de tipo audio-visual a los procesos de reflexión. Por ello, se recomienda la proyección de películas cuyo contenido presente nudos problemáticos relacionados con la temática de interés como pretexto para la discusión.

Ciertamente, no siempre es posible contar con todos los recursos necesarios para proyectar películas, por lo que esta es una actividad de tipo optativo.

Si la película no se puede ver en el espacio programado para el taller, una opción es sugerir a los participantes ver la película por su cuenta. Es importante que todos puedan verla para efectos de la discusión.

En caso de que se proyecte la película, se sugiere que la persona facilitadora la haya visto y analizado con antelación. De esta manera, podrá aportar significativamente a la discusión.

Cada persona, y cada grupo, ejecutará lecturas diferenciadas sobre el material fílmico, por esto se debe tener apertura, con el fin de generar conocimiento colectivo. No obstante, en términos generales, existen puntos básicos que estimulan la discusión, los cuales se **utilizan para generar el debate por medio de la técnica de la lluvia de ideas.**

En primer lugar, es importante explorar los sentimientos y las primeras reacciones que la película suscitó a los compañeros participantes. Es conveniente preguntarles:

- ¿Cómo se sintieron al ver la película?
- ¿Qué primera impresión les despertó?

Para iniciar el análisis de la película, se puede dirigir el estudio sobre la masculinidad a partir de las siguientes interrogantes:

- ¿Cómo son los hombres que aparecen en la película?
- ¿Qué hacen, qué sienten y cómo proceden en sus vidas cotidianas y en relación con puntos clave de sus vidas?
- ¿Por qué hacen, sienten y proceden de esa manera? ¿Qué nos dice de su masculinidad?
- ¿De qué manera el contexto condiciona la manera en que son estos hombres?
- ¿Cuáles son las contradicciones de estos hombres? ¿Qué costos emocionales, físicos, económicos, sociales, etc., tiene para ellos esta forma específica de ser hombres? ¿Qué costo tiene para las mujeres y para otros sujetos a su alrededor?
- ¿Hay formas diversas de ser hombre? ¿Qué implicaciones tiene para sus vidas el hecho de ser diferentes?
- ¿De qué manera resuelven sus conflictos? ¿Lo hacen de manera constructiva o destructiva?
- ¿Qué les parece, en definitiva, la posición que asume la persona que dirigió la película? ¿La comparten los participantes? ¿Qué solución habrían propuesto ellos? ¿Porqué?

Actividad 15: Análisis de lectura: “Introducción a los estudios sobre masculinidades. Segunda parte: la construcción de la identidad masculina, bases conceptuales”

Objetivo

Analizar las bases conceptuales de las perspectivas que, desde las ciencias sociales, buscan explicar la identidad masculina.

Aportar nuevos criterios para distinguir las propuestas conservadoras de aquellas que abren la posibilidad de cambios en la condición masculina.

Materiales

Fotocopias de la lectura “Introducción a los estudios sobre masculinidades. Segunda parte: la construcción de la identidad masculina, bases conceptuales”. La lectura se presenta en el anexo 3.

Papel periódico o pizarra.

Marcadores para pizarra acrílica.

Tiempo

2 horas 30 minutos a 3 horas.

Procedimiento

Las indicaciones sobre la manera en que el facilitador debe proceder son las mismas que en la actividad 13. Sin embargo, para facilitar la conducción se reproducen a continuación:

La presente actividad tiene como base la discusión de diferentes posturas conceptuales. Para ello se adjunta en el anexo 3 una **lectura como material de apoyo**, la cual se titula: **“Introducción a los estudios sobre masculinidades. Segunda parte: la construcción de la identidad masculina, bases conceptuales”**.

Es indispensable que el facilitador haya estudiado la lectura antes de dirigir esta actividad.

Lo ideal es que también los participantes del taller la hayan leído. Su lectura previa brinda mayores posibilidades para que el grupo se abra al debate y para que se generen dudas e inquietudes. Por eso, **se recomienda entregar la lectura a quienes vayan a participar en el taller, al menos con 15 días de antelación**.

Para tales efectos, la lectura puede ser reproducida por la vía de la fotocopia.

Los participantes no siempre tienen la oportunidad de revisar las lecturas. Otros las olvidan y no llevan sus fotocopias a la actividad. Por eso, para garantizar que la actividad llegue a buen puerto, **se recomienda que el facilitador reproduzca físicamente la lectura y lleve varios juegos con el fin de brindárselos a quienes así lo requieran**.

Durante la actividad de análisis, el facilitador debe asignar, a uno o varios participantes, una sección de la lectura con el fin de que sea expuesta, en sus puntos principales, al resto de los compañeros, con la finalidad de que luego se discuta.

Si dos o más compañeros tienen la misma parte de la lectura, puede solicitar que uno exponga los principales puntos y que otros planteen las preguntas que les ha generado, lo cual puede facilitar el debate.

Se recomienda que, inmediatamente después de la exposición de cada segmento, se inicie la discusión sobre esa parte. El facilitador puede anotar las ideas principales en una pizarra o en un pliego de papel periódico para dirigir el debate.

Debe considerarse que, aún cuando la lectura haya sido hecha con anterioridad, debe brindarse a los participantes un tiempo prudencial (20 a 40 minutos) con el fin de que sistematicen sus ideas. Este tiempo permitirá, igualmente, que aquellos que no hayan hecho la lectura no sean excluidos de la actividad, por el contrario, les dará tiempo para preparar la exposición de su parte. En estos casos, se recomienda asignarles los apartados o acápites más cortos de la lectura.

Notas para el facilitador

Para apoyar al facilitador en el debate, se brindan algunas claves sobre la lectura **“Introducción a los estudios sobre masculinidades. Segunda parte: la construcción de la identidad masculina, bases conceptuales”**:

- Bajo el título “Tesis del autor”, se encuentran las ideas claves que plantea cada uno de los autores o corrientes analizadas en dicha lectura.
- Bajo el título de “Argumentos para debatir”, se encuentran las posibles respuestas para argumentar en contra o a favor de cada autor o corriente de pensamiento.

Estos elementos se organizan siguiendo el orden de los apartados de la lectura en cuestión.

Apartado 1. El eterno masculino.

Tesis del autor:

Para las tendencias sociobiologistas, el comportamiento humano "se explica en términos de herencia genética y de funcionamiento de las neuronas".

La condición de los hombres es innata y viene dada por los espermatozoides.

Argumentos para debatir:

Todos los seres humanos tienen un componente biológico y una herencia genética. Ciertamente, los espermatozoides y los ovarios cumplen una función fundamental. También

es verídico que la conducta de los sujetos tiene un componente biológico, así como la química corporal participa en la regulación del funcionamiento de las personas.

No obstante, los espermatozoides y las neuronas no determinan la condición masculina, es decir, la identidad de los hombres: cómo piensan o cómo actúan.

Más adelante se profundizará sobre las explicaciones que enfatizan el papel de la cultura a este respecto.

Tesis del autor:

"Los sexos no están hechos para entenderse sino para reproducirse". Es la capacidad dada por la fuerza y la agresividad lo que cuenta en esa competencia por la reproducción, y sólo los que poseen tales atributos logran imponerse.

Argumentos para debatir:

Algunos autores han trasladado la teoría de Darwin, sobre la evolución de las especies, desde el mundo de la naturaleza hasta el mundo de la cultura humana.

Esta teoría omite decir que la cultura está basada en la cooperación humana para resolver problemas comunes. Y, si bien hay experiencias de depredación de un grupo social sobre otro, lo cierto es que existen ejercicios sociales en los cuales el diálogo y la negociación han predominado. Es en estas comunidades donde se han producido los mejores y mayores avances en términos de la calidad de vida de las personas.

Los países nórdicos, en donde se han desarrollado más las políticas para el avance de la igualdad entre mujeres y hombres, muestran también mejor calidad de vida para unas y otros. Esto se ha logrado a partir de un extenso diálogo en el cual han participado mujeres y hombres con el objetivo de contribuir a que la reproducción esté en función de un proyecto de pareja consensuado. Lo cual se aleja de la lógica de la fuerza y de la agresividad.

Tesis del autor:

Para otros esencialistas, la base de ser hombre es el *falo*. Este es el caso de Eugene Monick, quien afirma que "los hombres son [eso]": falo –el cual es, además, equivalente a erección y nunca a un pene flácido–. Este es el que "abre la puerta a la profundidad masculina".

Argumentos para debatir:

Es evidente que la existencia del pene es parte de la auto-imagen masculina, que es parte del hecho de sentirse hombre. Los órganos reproductivos distinguen a hombres de mujeres y de ahí su importancia para la propia identidad.

Sin embargo, esta teoría reduce a los hombres al falo, que no es únicamente el pene, sino el pene erecto. Con esto, se borra la importancia que tienen otras dimensiones, no sólo corporales, sino emocionales y culturales del hombre.

Es decir, suprime el resto de la humanidad de los hombres. Además, pareciera absurdo que para ser hombre se deba estar todo el tiempo con el pene erecto.

Tesis del autor:

Los “hombres no pueden –por más que deseen lo contrario– hacer que el falo obedezca al ego. El falo tiene su propia mente” (E. Monick). El falo es autónomo, pues es “gobernado por su propia ley o naturaleza interior”.

Argumentos para debatir:

El ego alude a la conciencia del sujeto en relación con su identidad y su contexto. En esta postura, Monick propone que la conciencia de los varones se reduce al falo (pene erecto).

Esta posición encuentra su referente en el sentido común –alejado de toda lógica científica– en frases como “cuando la de abajo se para (haciendo referencia al pene erecto) la de arriba no piensa (en alusión a la capacidad de raciocinio)”.

Este dicho animaliza a los hombres y los distancia de la razón. Llevado a sus últimas consecuencias, justificaría el abuso sexual si se planteara que era “el falo el que mandaba copular”, aún cuando la otra parte no lo quisiera.

Al señalar que el falo tiene una ley propia, interna, se coloca el origen de la identidad masculina fuera de la cultura. Es una masculinidad que no tiene tiempo ni historia, que es igual para todos, en todos los tiempos y en todos los lugares, cosa que es errónea, como se pudo ver al analizar la perspectiva de D. Gilmore.

Para Monick, la cultura más bien inhibiría la “conducta fálica”, lo cual sería, para él, problemático. Desde nuestra perspectiva, la cultura debe regular, efectivamente, cualquier conducta que implique el abuso de otros y de sí mismo.

Apartado 2. La masculinidad como negación o huida de la feminidad.

Tesis del autor/a:

Existe una corriente, entre de los estudios sobre masculinidades (conocidos como *Men's Studies* en las ciencias sociales anglosajonas), que parte de supuestos conceptuales de la psicología y del psicoanálisis.

Esta tendencia es crítica de los preceptos en las teorías vistas anteriormente (esencialistas).

Sin embargo, poseen en común que la identidad masculina se construye a partir de un proceso que tiene una doble vertiente: el repudio por la feminidad y su diferenciación de ella, y la identificación con un modelo masculino.

Un ejemplo es el de Michael Kimmel para quien, la renuncia del niño “a su identificación con el profundo vínculo emocional con su madre” va acompañado del reemplazo del objeto de identificación.

Argumentos para debatir:

En el proceso de identificarse con el padre, según el autor, la sexualidad de esta figura aparecería siempre como amenazante, devastadora, posesiva y castigadora.

Con el repudio de la madre, se rechazarían, también, los rasgos que supuestamente encarnaría toda madre: la acogida, la compasión y la ternura.

En nuestro contexto cultural, efectivamente hay una serie de mandatos que se ejercen sobre los niños desde muy temprana edad para evitar “parecerse a una mujer”.

Sin embargo, el problema de la tesis del padre devastador y de la madre compasiva deriva de que fija a hombres (padres) como siempre devastadores y castigadores y a las mujeres (madres) como siempre compasivas y tiernas. Sin embargo, si bien pueden apreciarse algunas tendencias en este sentido, lo cierto es que no es un patrón universal.

Tesis de la autora

Otro ejemplo nos lo plantea Elizabeth Badinter (1993: 62), quien sigue a varios autores y nos plantea que: “Los hombres aprenden antes lo que no deben ser para ser masculinos, que lo que deben ser. Para muchos niños, la masculinidad se define simplemente como lo que no es femenino”.

De ahí que deban hacer una triple negación: que no se es un bebé, un homosexual ni una mujer.

Esto es parte de un principio de diferenciación sexual que, según Badinter, es de carácter universal: sucede en todos los tiempos y lugares.

En este sentido, se utilizan las categorías de masculino o femenino para comprender el mundo y, sobre todo, “para entenderse a sí mismos”. De esta manera: “la necesidad de diferenciarse del otro no es un producto del aprendizaje sino una necesidad arcaica”.

Argumentos para debatir:

Un punto interesante planteado por esta corriente es que el rechazo de lo que se considera socialmente como femenino –por lo general asociado con la afectividad– tiene una serie de consecuencias negativas:

- La misoginia, que se traduce en el desprecio por “lo femenino”.
- La homofobia, que se materializa en el desprecio por los homosexuales.
- El sexismo, como concepción que apoya la subordinación de las mujeres hacia los hombres y de los hombres no heterosexuales hacia los heterosexuales.

- La tendencia a suprimir ciertos rasgos de empatía con aquellos sometidos al sexismo.
- La tendencia a que se dificulte un mejor manejo y exteriorización de las emociones. Esto afecta negativamente a los hombres.

Por otra parte, es cierto que los seres humanos construyen su identidad a partir de procesos de identificación (establecimiento de semejanzas) y de diferenciación (establecimiento de diferencias).

Establecer diferencias no es negativo en la medida en que se tenga respeto por la diferencia de las formas de pensar y actuar. La forma de actuar propia de quien evalúa la diferencia será, por definición, parte de la divergencia que otros sujetos establecen. Es decir, cuando hablamos de respetar a las diferencias, debemos precisar que la nuestra no es la forma normalizada o el parámetro desde el cual se debe medir y evaluar al resto. Simplemente es una manera más entre muchas otras posibles, ya que es parte de la variedad.

Ahora bien, a pesar de esta necesidad de diferenciarse, como parte del proceso de construcción, la identidad también implica aprendizajes; es decir, no es sólo una necesidad psíquica, como afirmaría Badinter (1993).

La sociedad tahitiana, reseñada por David Gilmore (1994), evidencia que ciertas diferencias pueden borrarse, como sucede con los hombres y mujeres de estas islas, en el plano de los roles, la agresividad y la ternura; los cuales son también aprendidos, pero muy distintos a los patrones accidentales.

Por esto, para esta sociedad no tiene sentido el “afeminamiento” como se conoce en nuestra cultura.

Apartado 3. La virilidad en las explicaciones antropológicas: utilidad vs. poder.

Resulta particularmente interesante poner atención a la perspectiva teórica desarrollada por David Gilmore, la cual ha tenido gran resonancia en los círculos académicos. Este autor sostiene que la utilidad de la virilidad para el grupo es lo que le otorga su razón de ser.

La sociedad debe desarrollar herramientas para asegurar su sobrevivencia y no sucumbir ante las amenazas internas –que la sociedad se desestructure desde dentro, debido a que los sujetos no contribuyen a perpetuarla– ni ante las externas –que la sociedad se desestructure frente a enemigos, por ejemplo–.

La virilidad es elaborada como un código, una norma moral para animar a los hombres a que contribuyan para que el grupo no perezca.

Por esta razón, la virilidad es parte de la ideología social enfocada a construir con el fin de que los hombres respondan y enfrenten las amenazas tanto internas como externas, las cuales harían “peligrar la vida en grupos”. Dadas las dificultades que implica enfrentar estas amenazas, la virilidad se construye bajo presión. Esto, claro está, a excepción de quienes no

tienen que enfrentar amenazas de este tipo. Este se constituye, para Gilmore, en el primer elemento que ayuda a entender la construcción de la identidad masculina.

Además, la sobrevivencia del grupo implica el desarrollo de esfuerzo humano medido en términos de trabajo. Pero no solo como una labor que posee efectos en la producción material, sino también en la creación de cultura. Por consiguiente, los ideales de virilidad constituirían un producto del trabajo físico y mental. Este es el segundo factor sobre el que se basa la construcción de la masculinidad.

El tercer factor necesario en la ecuación de la virilidad es “la dimensión psicológica”: evitar la “tendencia humana universal” a huir del peligro y a “buscar consuelo en el regazo de la madre”. Esta tendencia, que es una amenaza interna para la supervivencia del grupo, sería un obstáculo para combatir, para enfrentar la dureza de las condiciones de trabajo, etc. De ahí que la sociedad deba crear rituales para combatir esos deseos y fantasías regresivas.

El resultado presentado por Gilmore es una virilidad bajo presión basada en la doctrina del logro, orientada a la lucha y al rendimiento y a cumplir tres requerimientos morales: preñar a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares. Dicha situación, por supuesto, en las sociedades que enfrentan condiciones hostiles.

Argumentos para debatir:

El desarrollo de algunas sociedades ha llevado a que muchos sectores ya no respondan a estos requerimientos de presión viril. Con la incorporación creciente de las mujeres al mercado laboral y la participación de ellas en gran parte de este ambiente, el tema de la sobrevivencia se resuelve conjuntamente. Incluso, los países que mantienen un ejército han incorporado las mujeres a esta institución.

Lo dicho muestra la posibilidad de construir condiciones sociales que no exijan la virilidad, ni la presión de ser el único proveedor o protector.

Apartado 4. Masculinidad: la construcción del imaginario sobre los cuerpos.

Tesis de los autores:

Según esta línea de pensamiento de los estudios sobre masculinidad, las concepciones sobre la identidad tanto de mujeres como de hombres, son construidas arbitrariamente con base en un hecho: la genitalidad y la reproducción.

Si esta es la diferencia más significativa entre los sexos (además de otros rasgos secundarios), y si consideramos que esta distinción no justifica la desigualdad ni la inequidad, observamos que las sociedades construyen un imaginario que mantiene las diferencias sociales.

Este supuesto es inculcado en los sujetos por medio de la socialización de las nociones diferenciadoras del género. Esto sucede en la familia, la escuela, la publicidad, etc.

Sin embargo, los hombres no son objetos pasivos, sino que contribuyen a reproducir, con su propio accionar, estas concepciones de género (Kafuman, 1997). En este proceso se construye (y re-construye) la identidad de hombres y mujeres.

Algunos plantean que el punto medular de la construcción masculina es el hecho de considerarse importante ser hombre por el único hecho de serlo, magnificando artificialmente las diferencias con las mujeres (J.V. Marqués, 1997). Aún así, siempre existe la posibilidad de ser cuestionado como hombre, por no cumplir adecuadamente con el mandato. Por eso, la masculinidad implica constante angustia.

Otro autor, que se mencionó en la actividad 13, es Pierre Bourdieu (2000). Sobre su planteamiento cabría agregar que explica la construcción social de los sexos con base en el entendimiento de cómo funciona la forma de conocer el mundo socialmente construido, es decir, la relación entre las “formas cognitivas” y las “estructuras objetivas”.

En el planteamiento es clave el hecho de que las sociedades inscriban al mismo mundo social en el orden de la naturaleza de las cosas. Es decir, se piensan las diferencias entre mujeres y hombres, y la dominación que de ahí se deriva está fuera de la historia. Es un pensamiento circular de la sociedad androcéntrica: el rosado es femenino, por eso las mujeres usan prendas rosadas, la escoba es femenina, por eso las mujeres deben barrer.

Por eso se dice que el orden social funciona “como una inmensa maquinaria simbólica” que construye una realidad sexuada. Se trata de “(...) *una construcción arbitraria de lo biológico*, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus costumbres y de sus funciones”.

De esta forma, las relaciones de dominación no se atribuyen al factor que, en realidad, las produce: la sociedad y su desarrollo histórico.

Actividad 16: Análisis de una película (opcional)

Objetivo

Analizar una película aplicando algunos de los conceptos básicos discutidos en la actividad 15.

Materiales

DVD de película o conexión a internet para reproducir película en línea.
Televisor o proyector y DVD o computadora y proyector.

Tiempo

2 horas 30 minutos a 3 horas.

Recomendación

Película *Billy Elliot*. Inglaterra, 2000. Dirigida por Stephen Daldry.

Procedimiento

Aplican las mismas observaciones señaladas en la actividad 14. En primer lugar, es importante explorar los sentimientos y las primeras reacciones que la película suscitó a los compañeros participantes. Es conveniente preguntarles:

- ¿Cómo se sintieron al ver la película?
- ¿Qué primera impresión les despierta?

Para iniciar el análisis de la película, se puede dirigir el estudio sobre la masculinidad a partir de las siguientes interrogantes:

- ¿Cómo son los hombres que aparecen en la película?
- ¿Qué hacen, qué sienten y cómo proceden en sus vidas cotidianas y en relación con puntos clave de sus vidas?
- ¿Por qué hacen, sienten y proceden de esa manera? ¿Qué nos dice de su masculinidad?
- ¿De qué manera el contexto condiciona la manera en que son estos hombres?
- ¿Cuáles son las contradicciones de estos hombres? ¿Qué costos emocionales, físicos, económicos, sociales, etc., tiene para ellos esta forma específica de ser hombres? ¿Qué costo tiene para las mujeres y para otros sujetos a su alrededor?
- ¿Hay formas diversas de ser hombre? ¿Qué implicaciones tiene para sus vidas el hecho de ser diferentes?
- ¿De qué manera resuelven sus conflictos? ¿Lo hacen de manera constructiva o destructiva?
- ¿Qué les parece, en definitiva, la posición que asume la persona que dirigió la película? ¿La comparten los participantes? ¿Qué solución habrían propuesto ellos? ¿Porqué?

Actividad 17: Compromisos personales para el cambio

Objetivo

Propiciar la reflexión acerca de los compromisos que a los participantes les interesa generar a partir de las consideraciones en relación con el tema de las masculinidades.

Materiales

Hojas de papel tamaño carta y lápices o lapiceros.

Tiempo

1 hora 30 minutos.

Procedimiento

Entregue a cada uno de los participantes una o dos hojas de papel y un lápiz o lapicero.

Señale que esta actividad busca generar un espacio de reflexión individual con el fin de que cada uno visualice cuáles son aquellos aspectos que, desde su propia perspectiva, son fundamentales para continuar con su propio proceso reflexivo y de búsqueda de bienestar.

Indique que cada uno debe escribir una pequeña reflexión que puede ser escrita en primera persona (“he pensado...”, “yo quisiera...”, “me gustaría...”).

Señale que se trata de una carta personal, que no será leída a los demás compañeros, a menos que ellos lo deseen.

Indique que deben iniciar con un breve diagnóstico sobre las cosas que el proceso reflexivo desarrollado a lo largo de estos talleres le generó. Este diagnóstico puede incluir preguntas como las siguientes:

- ¿Qué temas fueron particularmente difíciles de abordar? ¿Porqué habrá sido así?
- ¿Qué aspectos del proceso (lecturas, películas, aportes de los compañeros, actividades, argumentos, etc.) fueron especialmente importantes para mi reflexión personal y porqué?
- ¿Existe alguna faceta de mi vida personal sobre la que los talleres me permitieran pensar y sobre la cual me interesaría profundizar la reflexión?
- Como hombre, ¿existe algún elemento o faceta de mi vida sobre el cual me interesaría generar una mayor sensación de bienestar? ¿Qué podría hacer para que este bienestar sea posible? ¿cómo me podría comprometer conmigo mismo para aproximarme a esta sensación?

Cuando todos los participantes hayan escrito su carta, pregunte si alguien quiere compartirla, acláreles que no es obligatorio.

También, puede sugerir como otra posibilidad, compartir, en líneas muy generales, qué le ha generado el ejercicio o bien algunos segmentos de la carta que sí desearía compartir.

Finalmente, abra el espacio para que los participantes puedan hablar del proceso general seguido a lo largo de las actividades desarrolladas. Pida que hablen de lo que les pareció, de lo que aprendieron, de las sensaciones que les generó, de aquello que los demás compañeros les aportaron, etc.

ANEXOS

Anexo 1: Refranes

Refranes

Cuando la de abajo se para...	la de arriba no piensa.
El hombre a la cantina...	y la mujer a la cocina.
El hombre es como el oso...	entre más feo más hermoso.
El hombre debe tener las tres F...	Feo, Fuerte y Formal.
Jalan más un par de tetas...	que dos buenas carretas.
Gallo viejo...	con el ala mata
Gato viejo...	con ratón tierno.
Hay dos cosas que un buen charro debe tener una buena vieja y una buena mula...	Eso sí, que la mula no sea muy vieja, y que la vieja no sea muy mula.
Mujer pequeña y yegua vaya...	ábrale la puerta para que se vaya.
El hombre casado...	mejor bocado.
Un hombre bueno es como el teléfono público...	la mayoría están ocupados y los que no, no sirven.

Anexo 2:
Lectura de apoyo para la Actividad 13

Introducción a los estudios
sobre masculinidades.
Primera parte: divergencias políticas

Introducción a los estudios sobre masculinidades. Primera parte: divergencias políticas

Autor: Mauricio Menjívar Ochoa

Introducción

Sin duda alguna la última ola feminista, esa que comienza hace más de tres décadas, ha significado una crítica sustantiva al patriarcado. Con esta crítica se ha develado la opresión que enfrentan las mujeres por parte de las instituciones sociales: la sexualidad y la maternidad, la familia tradicional y los roles de género, el trabajo, la política y, fundamentalmente, el carácter del poder, que cruza a todas y cada unas de estas instancias.

Contrario a lo que se podría creer, cuando se habla del surgimiento de propuestas o de estudios en torno a la masculinidad, no siempre puede decirse que estas son “liberadoras” respecto de la masculinidad tradicional. A diferencia del feminismo, el ánimo de tales propuestas no todas las veces es crítico al patriarcado como forma de organización social basada en el dominio masculino. A pesar de esta situación, no siempre se explicita el trasfondo político que subyace a tales propuestas. En el ámbito de los estudios sobre la masculinidad, aun autores motivados por la crítica al patriarcado (por ejemplo Campos y Salas; 2002: 29) combinan indistintamente el uso de ciertas propuestas conservadoras con otras de carácter crítico, a pesar de que su trasfondo teórico y político no las hace homologables.

Bajo estas consideraciones, el presente trabajo tiene como objetivo exponer algunas de las perspectivas que abordan el tema de la masculinidad. La finalidad de esta tarea es explicitar algunos de sus supuestos teóricos, así como las implicaciones políticas que de estos se derivan. Tal cuestión es de particular importancia para analizar las posibilidades de transformar nuestras masculinidades tradicionales hacia otras antisexistas, antihomofóbicas, anti-racistas, antiadulteristas o, dicho en positivo, a otras en las que quepa la diversidad.

Debemos aclarar que la pregunta respecto de si son posibles otras masculinidades en tales perspectivas, no irá seguida, por ahora, de una reflexión respecto de los elementos que podrían contribuir a este cambio. Esta es una tarea merecedora de un mayor espacio al que se dispuso en esta oportunidad.

Apartado 1. El patriarcado como determinación

El autor Kennet Clatterbaugh (Gomáriz; 1997:19) ha identificado varias perspectivas dentro de los estudios sobre masculinidades. A una de ellas la denominó *conservadora*. Uno de sus exponentes es Steven Goldberg, quien con el título de su libro, publicado por primera vez en 1973, quiso sentenciar la *Inevitabilidad del patriarcado*. Goldberg (1976:31) definió el patriarcado como “toda organización política, económica, religiosa o social, que relaciona la idea de autoridad y de liderazgo principalmente con el varón, y en la que el varón desempeña la gran mayoría de los puestos de autoridad y dirección.

Si bien su punto de partida podría ser aceptado, su conclusión dista de ser transformadora, pues, lejos de reflejar una definición que abone a la crítica, se constituye en una que apunta a la fatalidad y la predestinación. Efectivamente, Goldberg sostiene que todas las sociedades aceptan la existencia de sentimientos de que la voluntad de la mujer “está algo subordinada” a la del hombre, “y de que la autoridad general en las relaciones duales [hombre-mujer]⁴ y familiares, cualesquiera que sean los términos en que una determinada sociedad defina la autoridad, reside, en último término, en el varón” (Goldberg; 1976:33). De esta suerte, todas las sociedades aceptan la existencia de tales sentimientos y se adaptan a ellos “mentalizando a los niños en este sentido, *porque no les queda más remedio que hacerlo*” (Goldberg; 1976:34, las cursivas son nuestras).

Según Goldberg (1976: 28), no se trata de enjuiciar lo que es bueno o lo que es malo, lo que debería ser y lo que no debería ser. Esta premisa se sale del terreno de la ciencia y “la ciencia no puede validar ni invalidar apreciaciones subjetivas”. Simple y sencillamente “el dominio masculino es universal; no hay sociedad que jamás haya dejado de adaptar lo que espera del hombre y de la mujer, así como los roles sociales correspondientes...” (Goldberg; 1976:32).

Con esta sentencia, y sin que resulte muy difícil de colegir, masculinidades distintas a la patriarcal, y por supuesto nuevas feminidades, no son posibles. Aquí, el principio del cambio es inexistente en cualquier sociedad. Precisamente el principio de universalidad busca justificar esta inamovilidad. Este mismo factor hace endeble su planteamiento, pues se invalida ante la existencia de sociedades en que los principios patriarcales no operen o no hubiesen operado en algún momento histórico. En este sentido la evidencia planteada por Gilmore (1994), como veremos más adelante, desvirtúa la validez del “razonamiento” de Goldberg.

Apartado 2. La novedad de lo viejo: la masculinidad arquetípica o de la perpetuación de la masculinidad tradicional

Particularmente en los Estados Unidos parece haber cobrado cierta relevancia un movimiento de corte conservador y neomisógino⁵, uno de cuyos textos traducidos al español se titula “La nueva masculinidad”⁶,

Moore y Gillette, autores de este libro, han planteado que la crisis de la identidad masculina de nuestro tiempo tiene que ver con una falta de “conexión adecuada con las energías masculinas profundas e instintivas, con los potenciales de la masculinidad madura”. Según ellos, las conexiones masculinas con esos potenciales “están bloqueadas por el patriarcado mismo y por la crítica feminista a la poca masculinidad a la que pueden aferrarse (...)

⁴ Los paréntesis con esta forma [] acotan nuestros propios comentarios dentro de las referencias textuales.

⁵ La misoginia es el “odio o desprecio de lo femenino” (Jiménez y Quesada; 1996: 51). Esta corriente neo-misógina ha sido llamada “corriente mito-poética” (Cazés: 2001:43).

⁶ Resulta interesante hacer notar que el título original de la versión en inglés es “King, Warrior, Magician, Lover: Rediscovering the Archetypes of the Mature Masculine” (rey, guerrero, mago, amante: Redescubriendo los arquetipos de la masculinidad madura). Muy posiblemente el título refleje el interés comercial de los editores de la traducción al español. Esa condición no lo exime de su posición conservadora.

Este bloqueo se debe a la falta de un proceso de iniciación, significativo y transformador en sus vidas, mediante el cual podrían haber logrado un sentimiento de masculinidad”. Ubican a los rituales tribales de iniciación como la manera de potenciar la masculinidad madura (Moore y Gillette; 1993: 18).

En este proceso de iniciación, basado en la homosocialización, se excluye “lo femenino”. Entonces surgen los arquetipos de la masculinidad, los cuales son, según esta corriente, “estructuras profundas de la psique masculina madura”. Aquí aparece el Rey, todopoderoso y centro del universo. También el Guerrero, a quien, a la manera del *marine* de guerra norteamericano, le concierne la “habilidad, el poder y la precisión”, “el control de lo psicológico y lo físico, lo interior y lo exterior... la capacidad de soportar el dolor...” (Moore y Gillette; 1993: 99).

La tercera forma de “masculinidad madura” es el Mago, arquetipo del pensamiento y la reflexión, cuya conformación de sí mismo “es inamovible en su estabilidad, centralizada y emocionalmente fría” (Moore y Gillette; 1993: 124). Finalmente el Amante, quien está “cerca del inconsciente [lo que] significa estar cerca de los fuegos de la vida, a nivel biológico...” (Moore y Gillette; 1993: 137).

Es evidente que los arquetipos nada entrañan distinto al patriarcado, pues reproducen los estereotipos de la masculinidad tradicional, así como su justificación biológica. Resulta curiosa en este planteamiento la forma contradictoria en que se mezclan los argumentos de tipo ahistórico con los de tipo pretendidamente histórico. En efecto, por una parte identifican algunos fenómenos históricos como el patriarcado y el feminismo como presuntos inhibidores de la “masculinidad madura”, pero, por otra parte, su propuesta política es ahistórica: la de despertar “la masculinidad profunda e instintiva”. Así, el presupuesto de los arquetipos en la propuesta de Moore y Gillette es de tipo esencialista. Este tipo de razonamiento se caracteriza por plantear los hechos sociales de manera deshistorizada, es decir, como si no tuvieran un contexto social y un tiempo concretos, a la manera del mundo de las ideas de Platón. Cambiar la masculinidad, en esta perspectiva, es más bien reforzar la existente, es decir, la patriarcal.

Cabe agregar que estos autores no reconocen la degradación que ha significado para muchos hombres los rituales de iniciación practicados de manera particularmente cruel en ciertas culturas. Efectivamente estos rituales han cobrado dimensiones de tortura y vejación, según las evidencias retomadas por David Gilmore (1994).

Además de esta perspectiva conservadora, existe otra que ya ha sido reseñada en otro lugar (Gomáriz; 1997: 21). Se trata igualmente de un movimiento surgido en los Estados Unidos bajo el apelativo de *Men's Rights*. Estos compartirían con Moore y Gillette que el feminismo sería nocivo para la masculinidad y habría que defenderse de él. Proponen que el sexismo perjudica a los hombres, por lo que habría que proponer normas que los protejan “de las consiguientes injusticias, especialmente en áreas como el divorcio, custodia de hijos y violencia doméstica”.

Llama la atención que en Costa Rica se haya formado una asociación que parte de supuestos análogos a los de *Mens' Rights*, apelando al eslogan de “padres divorciados”. Su motivación ha girado en buena parte en torno a la arremetida en contra de los avances del movimiento feminista y de mujeres en materia legal, particularmente en violencia contra las mujeres y

paternidad. Uno de los planteamientos de este movimiento señala que estas leyes habrían perjudicado a los hombres y, por esa razón, se oponen a nueva legislación que procure mejorar la situación de las mujeres. Esta corriente no logra visualizar que tales leyes limitan su paternidad sino una organización social basada, entre otras cosas, en la segmentación sexual del trabajo y, por lo tanto, de la crianza de niños y niñas. Sin mayor desarrollo teórico, esta posición se encuentra atrincherada en el sentido común patriarcal, lo cual le permite una convocatoria que, con seguridad, ninguna otra corriente tiene en este momento.

Apartado 3. Hacerse hombre: función social de la virilidad

Para Goldberg y para Moore y Gillette, la masculinidad es explicable ya sea por una supuesta universalidad inherente a las sociedades o por una universalidad de carácter intrapsíquico. Estas propuestas ahistóricas, por tanto, parten del supuesto de que ser hombre es una especie de esencia. Para otros/as, hay que explicarla más bien a partir de los contextos culturales en que surgen.

Para el antropólogo David Gilmore, en su estudio “Hacerse hombre: Concepciones culturales de la masculinidad”, diferentes culturas alrededor del mundo piden a los varones que actúen como “hombres de verdad”, adoptando una “doctrina viril del logro”, que es una “virilidad bajo presión” (Gilmore;1994:215). Se trata de una virilidad que condiciona a los hombres a la lucha en condiciones adversas y precarias para sobrellevar la escasez de recursos y que es fomentada para contrarrestar el “impulso universal” de huir ante el peligro. Así, a mayor escasez, mayor énfasis en la virilidad (ídem: 219). Se trata de un código de conducta que promueve la supervivencia de la colectividad (ídem: 217).

Para este autor, más que de “universalidad”, habría que hablar de tendencias y paralelismos en la “imagería masculina”. Esta afirmación podría sustentarse, por una parte, en una constatación empírica y, por otra, en los supuestos teóricos que sirven de punto de partida a Gilmore. Respecto del primer aspecto este autor encuentra que, en la mayoría de sociedades, para ser un hombre “uno debe [cumplir tres aspectos:] preñar a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares”⁷ (Gilmore; 1994: 217). Para explicar estas semejanzas, sus supuestos teóricos parten de “la manera en que la dinámica intrapsíquica se relaciona con la organización social de la producción” (Gilmore; 1994: 16). En primer lugar, el impulso “intrapsíquico” universal a huir, impediría que los hombres cumplan con los requerimientos exigidos socialmente. Por ello este impulso es contrarrestado gracias a la construcción de la virilidad. La virilidad está llamada a rendir según las necesidades de supervivencia de la comunidad (expresada en la tríada anterior), lo que depende de la resolución de los aspectos productivos en el marco de la adversidad y la escasez, lo cual entraña una desigual posición de poder entre hombres y mujeres.

Gilmore busca factores comunes en la virilidad de los hombres en diferentes culturas. Pero, a diferencia de la postura de Moore y Gillette, considera dudoso que exista una estructura profunda de la masculinidad o un arquetipo global de la virilidad, pues existen evidencias de que no todas las sociedades actúan según el canon de virilidad bajo presión. Este sería el

⁷ Estos tres aspectos resultan problemáticos al examinar el tema de la “irresponsabilidad paterna” que tanta actualidad ha cobrado en Costa Rica. Para una discusión sobre el tema véase: Menjívar (2002 a).

caso de los semai y los tahitianos (Gilmore; 1994: 215). Mientras los semai hubieran encontrado que huir del peligro es una conducta que permite sobrevivir, los tahitianos no habrían contado con una escasez que impulsara a la sociedad a construir la virilidad. En este caso, la noción de género deja de ser relevante, en tanto no existen grandes distinciones entre la identidad de hombres y mujeres, como tampoco en el desempeño de los roles. Gilmore pondría en evidencia que ser marido, padre, amante, proveedor y guerrero, lejos de depender de una estructura arquetípica sin historia y sin contexto, es más bien una demanda social que puede variar. Se trata de un artificio de la cultura.

El autor señala que su enfoque es “funcional”, pues argumenta que “los ideales masculinos representan una contribución indispensable tanto a la continuidad de los sistemas sociales como a la integración psicológica de los hombres a su comunidad”. Estos fenómenos son parte del “problema existencial del orden que todas las sociedades deben resolver animando a los individuos a actuar de cierta forma que faciliten tanto el desarrollo individual como la adaptación del grupo. Los papeles de cada sexo constituyen una de esas conductas de resolución del problema” (Gilmore; 1994: 17).

Ahora bien, ¿es posible cambiar esta virilidad orientada por el logro?, o como plantearía el mismo Gilmore (1994: 224): “¿Significa (...) que nuestra masculinidad occidental es un fraude innecesario y prescindible, como afirman algunas feministas y ciertos defensores de la emancipación del hombre? ¿Estamos preparados para deshacernos de ella?” La fuerte influencia funcionalista de este autor le llevaría a concluir que “mientras haya batallas por ganar, alturas por escalar y trabajo duro por hacer, algunos de nosotros tendremos que ‘actuar como hombres’”.

De su planteamiento se derivaría que, en la medida que la virilidad sea una construcción altamente funcional, se manifiesta como una construcción *necesaria*, al menos hasta que las condiciones sociales cambien. Sin embargo, la trampa de esta conclusión radica en que, para que las condiciones cambien, es necesario que se constituyan sujetos sociales que impulsen transformaciones y que realicen rupturas. Evadiendo abordar preguntas “para filósofos” (Gilmore; 1994: 225), Gilmore pareciera llevarnos a un callejón sin salida. Y, si bien con sus evidencias se invalida la pretendida universalidad del patriarcado de Goldberg, al igual que este esgrime una supuesta neutralidad de la ciencia, pretendiendo dejarla fuera del terreno de la propuesta de soluciones.

Apartado 4. Género y cultura: debates y perspectivas dentro de las posturas críticas de la masculinidad tradicional

No todos los planteamientos que visualizan la masculinidad como una construcción social conllevan conclusiones conservadoras como la de Gilmore. Por el contrario, del argumento de la construcción social se derivan conclusiones críticas que abren posibilidades de cambio. Nuestro interés en este último apartado es analizar algunos de los planteamientos que, bajo esta premisa, nos permiten entender la masculinidad como producto social en constante transformación y sujeto de cambio en el marco de relaciones sociales conflictivas.

Habría que señalar que el punto de partida sobre la construcción social de la masculinidad es el mismo supuesto que está a la base de la propuesta feminista de Simon de Beauvoir, quien planteó en 1949, respecto de la feminidad, que “no se nace mujer, una se convierte en mujer” (Carabí; 2000: 19). De manera análoga, el supuesto de fondo de los estudios que a continuación reseñaremos es que *el hombre no nace, se hace*.

Michael Kimmel (1997: 49), por ejemplo, considera “ la masculinidad como un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo”. Es precisamente el carácter relacional de la masculinidad lo que le brinda su carácter de género. Efectivamente, tanto la masculinidad, como la feminidad, son construcciones relativas, su construcción social sólo tiene sentido con referencia al otro (Badinter; 1993: 25-26). En tanto histórica, “la virilidad no es estática ni atemporal” (Kimmel; 1997: 49).

A pesar de que estos son supuestos comunes, algunas propuestas críticas recurren a definiciones esencialistas, mezcladas con definiciones normativas o de “deber ser” de la masculinidad (Connell; 1997: 34-35). Tal es el caso de Michael Kimmel, quien retoma la definición de virilidad de Robert Brannon, quien señala: “¡Nada con asuntos de mujeres! (...) ¡Sea el timón principal! (...) ¡Sea fuerte como un roble! (...) ¡Mándelos al infierno!” (Menjívar Ochoa; 2001 b: 2). A diferencia de lo que indicaría este “tipo”, la masculinidad está siempre “asociada a contradicciones internas y rupturas históricas” (Connell; 1997: 37). Un debate sobre la viabilidad analítica y política de la noción de masculinidad utilizada por ciertas perspectivas críticas, merecerá un mayor debate en la tercera y la cuarta parte de este trabajo.

Por otro lado, la masculinidad no puede ser considerada como un absoluto sino, a la vez, relativa y reactiva pues, como ha propuesto Badinter (1993: 26 y subs.), en cuanto cambia la feminidad lo que sucede cuando las mujeres redefinen su identidad frente a nuevas aspiraciones o frente a cambios sociales de tipo económico, militar, etc. se desestabiliza la masculinidad. Esta desestabilización no sólo lleva a reacciones conservadoras del tipo *Men’s Rights*, sino que abre paso al cuestionamiento para construcciones alternativas.

La mayoría de las perspectivas que hemos denominado como *críticas*⁸, también comparten con las propuestas feministas el tema del poder como categoría central de análisis. Esta categoría sirve, por una parte, para el análisis de las relaciones intergenéricas, es decir, las relaciones entre hombres y mujeres. Haciendo énfasis en este sentido, Connell (1997: 37) propone para el caso “europeo/[norte]americano” que “el eje principal del poder en el sistema del género (...) contemporáneo es la subordinación general de las mujeres y la dominación de los hombres”.

La categoría del poder también ha servido para explicar las relaciones intragenéricas, es decir, las relaciones hombre-hombre. Aquí entran en juego categorías diferenciadas de hombres, que son medidos respecto de una *masculinidad hegemónica*. Esta masculinidad

⁸ Clatterbaugh (citado por Gomáriz; 1997: 20), para referirse a las corrientes críticas habla de “perspectiva profeminista”, que parte precisamente de la teoría feminista para analizar la masculinidad, enfoque que lleva aparejado el examen de la condición y situación de la mujer. No obstante, existen otras perspectivas, la de Elizabeth Badinter, por ejemplo, que sin ser feministas tienen un enfoque crítico. De ahí que prefiramos referirnos al conjunto de tales planteamientos como “perspectivas críticas”.

hegemónica es entendida por algunos⁹ como “la imagen de masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder” (Kimmel; 1997: 50-51). Se trataría de una imagen que intragenéricamente estaría en el terreno de la disputa, según se desprende del planteamiento de Kimmel.

Precisamente en este terreno, un análisis histórico nos evidencia que la emergencia de “nuevos” significados de ser hombre no necesariamente ha estado asociada a formas no patriarcales. A este respecto Kimmel (1994: 6-7) nos provee de un análisis para el caso de los Estados Unidos que da muestra de tal situación. Según este autor, alrededor de 1830 emerge una nueva concepción de la masculinidad que ha denominado “la hombría comercial” y que deriva su identidad de su éxito en el mercado capitalista. Esta nueva concepción se impone sobre los modelos de masculinidad predominantes en el siglo XVIII y principios del XIX: 1) el “Gentil Patriarca”, propietario de tierras, elegante y refinado, “devoto y cariñoso padre”, que pasa mucho tiempo con su familia, (G. Washington y Thomas Jefferson son su prototipo); y 2) el “Heroico Artesano”, que encarna la fuerza física y “las virtudes republicanas” de los granjeros acomodados, de los artesanos urbanos independientes y comerciantes.

El “Hombre Comercial”, ausente de su casa y para sus hijos, se dedica al trabajo dentro de “un creciente ambiente homosocial -un mundo sólo de hombres en el cual se oponen unos contra los otros”. Este nuevo tipo de hombre habría contribuido a la transformación de las condiciones que vuelven “anacrónico” al ahora “afeminado” Gentil Patriarca, al tiempo que vuelve proletario al antaño Artesano Heroico Kimmel (1994: 7). Este análisis nos llama la atención sobre la importancia de poner atención a los “nuevos” significados emergentes en los distintos períodos históricos. Pero, aún más, sobre la necesidad de analizar en qué medida estos pueden conservar, al igual que las masculinidades precedentes, características patriarcales recreadas a la luz de contextos sociales cambiantes.

También en el terreno de la disputa, pero a diferencia del hombre comercial evidenciado por Kimmel, existen grupos que se han orientado a cuestionar el significado de ser hombre, como tradicionalmente lo entiende el patriarcado. Esta postura ha sido asumida por “grupos étnico-culturales”, así como por grupos homosexuales. Critican “las ‘discusiones estandarizadas sobre masculinidad que presumen de una masculinidad universal referida al hombre blanco, heterosexual y de clase media’” (Gomáriz; 1997: 22), esa masculinidad que es precisamente el legado del Hombre Comercial. Si bien no contamos con mayores referencias sobre estos movimientos en nuestro contexto, en el caso de los Estados Unidos se habrían ubicado en esta perspectiva el movimiento gay, así como autores afrodescendientes, judíos y chicanos, que abogan por una perspectiva de análisis que considere la especificidad.

Contrapuestos a la perspectiva de la especificidad, así como de la posibilidad de hablar de *masculinidades*, otros han sostenido que más bien debe hablarse de masculinidad en singular. En esta dirección, Enrique Gomáriz (1997) señala que ciertos resultados de tipo estadístico “fueron prácticamente universales” sobre el tema, concluyendo que las áreas

⁹ La acepción de masculinidad hegemónica varía de acuerdo con la postura adoptada. Connell (1997: 39), por ejemplo, al usar este término privilegia su carácter intergenérico: “encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres”.

más importantes de la vida de una proporción alta de hombres es su ejercicio profesional, mientras que el de las mujeres es su familia. Con supuestos de fondo cuestionables, con datos cuya interpretación no compartimos¹⁰ y que resultan aún insuficientes, dada la complejidad del tema, la discusión queda zanjada demasiado pronto con la afirmación de que “las determinaciones fundamentales de la construcción de la masculinidad se reproducen allí donde puede hablarse de capitalismo patriarcal” (Gomáriz; 1997: 28). Es decir, el capitalismo patriarcal definiría rasgos universales de “la” masculinidad en regiones con historias tan disímiles como Estados Unidos y América Latina.

Ya antes hemos discutido de las dificultades y riesgo que entrañan los “universales”, y dado que el interés de Gomáriz en este texto no es el de indagar sobre el cambio, cabe preguntarnos sobre la posibilidad de reconfigurar las masculinidades en marco de este “capitalismo patriarcal” tan avasallador de la diferencia y la especificidad.

Sin pretender agotar el tema, por una parte es posible pensar que ciertas especificidades no nos colocan necesariamente en el terreno de la alteridad, de lo sustantivamente distinto en tanto no patriarcal. El hecho de poseer una opción sexual diferente, por ejemplo, no se deriva necesariamente en masculinidades plenamente contrapuestas a la dominante. Es cierto que la homosexualidad cuestiona una de las premisas básicas del patriarcado, es decir, la heterosexualidad. Sin embargo puede continuar llevando el fardo de la compulsión sexual, de la falta del autocuidado y de cuidado a los demás (al respecto véase Quirós; 2003), e incluso la violencia, tan característica de las masculinidades dominantes.

Por otra parte, el hecho de que las identidades gay no escapen al influjo patriarcal, tampoco puede llevarnos a afirmar que estas sean homologables, sin más, a las heterosexuales. Bien ha señalado Quirós que la discriminación y la estigmatización inciden en la conformación de algunas identidades gay lo cual, podría pensarse, no funciona de la misma forma en hombres que se ajustan a la norma heterosexual. También es posible señalar, a partir de la vivencia de las contradicciones que entraña el patriarcado, que algunos hombres gay se movilizan en un sentido que algo varía respecto del dominante¹¹.

Las perspectivas de la especificidad y de la masculinidad única nos llaman la atención respecto de una discusión de gran complejidad todavía insuficientemente fundamentada en nuestro medio. Se encuentra en el centro de la pregunta respecto de si son posibles masculinidades distintas, por lo que exige mayor investigación y reflexión. Aunque de nuestra parte el asunto requiere mayor asidero conceptual y empírico, es posible señalar que las perspectivas de la especificidad son muestra, en sí mismas, de la búsqueda de la alteridad en el terreno de las relaciones de poder.

Efectivamente, y como hemos visto, hay que tener en cuenta que tradicionalmente las relaciones de poder han implicado en la cotidianidad una disputa del significado de ser hombre frente a otros hombres, ya sea para recrear el patriarcado o para buscar formas alternativas. Debe tenerse en cuenta que, en el marco de tales relaciones de poder, las

¹⁰ En otro lugar (Menjívar: 2002 a) hemos sostenido que no es posible mantener esta distinción tan tajante que, según Gomáriz, identifica masculinidades y feminidades. La forma en que Gomáriz interpreta los datos estadísticos, o quizá un excesivo empirismo, le lleva a esconder el significado otorgado por los propios sujetos.

¹¹ Algunos testimonios de hombres gay seropositivo dan algunos indicios de esto (véase Quirós; 2003: 51). No obstante, mayor investigación es requerida.

masculinidades culturalmente dominantes son referentes que apelan a los individuos a calzarse a sí mismos dentro de las expectativas culturales. Michael Kaufman (1997: 67) ha sostenido, en un sentido similar, que el poder es visto por los hombres no sólo “como una posibilidad de imponer el control sobre otros y [sino también] sobre nuestras indómitas emociones”.

No obstante este proceso de dominación de doble vía, esto es: hacia otros y hacia uno mismo, resultaría altamente contradictorio. Este autor profeminista sostiene que “actualmente las recompensas de la masculinidad hegemónica son insuficientes para compensar el dolor que provoca en la vida de muchos hombres” (Kaufman; 1997: 81), dolor expresado en la misma negación masculina de su propia emocionalidad plena, la cual es subordinada frente al imperativo de dominar (ídem: 70). Así, en la medida que “el patriarcado no es sólo un problema para las mujeres” (ídem: 81), este autor pareciera abrir un portillo por el cual los hombres podríamos encontrar motivación para implicarnos en el proceso de cambio. Estos “dolores masculinos”, como algunos han anotado, podrían llevar a cuestionar las nociones tradicionales de la masculinidad.

Para avanzar en este cuestionamiento resulta clave tener en cuenta otro de los elementos abordados por los análisis críticos de la masculinidad. Se trata del entendimiento respecto de la forma en que las relaciones sociales conforman la institucionalidad como mecanismo de dominación. En el fondo de esta materia se encuentra la discusión sobre los mecanismos que permiten que las personas interioricemos y reproduzcamos el patriarcado. Para propiciar este entendimiento, Kaufman ha acuñado el concepto de *gender work*, con el que busca mostrar el proceso de interiorización de las relaciones de género. Según Kaufman (1997: 69) “la elaboración individual del género, y nuestros propios comportamientos contribuyen a fortalecer y a adaptar las instituciones y estructuras sociales de tal manera que, consciente o inconscientemente, ayudamos a preservar los sistemas patriarcales”.

También sobre este tema Pierre Bourdieu (2000), con una gran sofisticación, ha analizado el proceso por el cual se naturalizan las relaciones sociales, aspecto que también ha sido una de las propuestas de algunos de los feminismos.

Bourdieu (2000:21), señala que “la división entre los sexos parece estar en el orden de las cosas, como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable: se presenta a un tiempo, en su estado objetivo...”. La casa, por ejemplo, “con todas sus partes sexuadas...” cocina=femenino; oficina=masculino.

Este mundo social está incorporado imaginariamente en nuestros cuerpos, en nuestros hábitos, en la forma en que percibimos, en el pensamiento y en la acción. Y como hemos sido socializados en esta división, encontramos una clara “concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas”, entre cómo están formadas las cosas y las formas en que las conocemos, entre cómo transcurre el mundo y las expectativas que de este mundo tenemos. Seco/húmedo, duro/blando, público/privado, fuera/dentro encima/debajo, activo/pasivo aparecen con sentido objetivo en la forma en que nos representamos el mundo, en la forma en que consideramos que somos hombres y mujeres (Bourdieu; 2000: 20).

Siguiendo a Bourdieu, esta forma social de ver el mundo construye la diferencia anatómica. A su vez, esta diferencia construida socialmente se convierte en la prueba, en la garantía de que existe entre mujeres y hombres una diferencia natural. Esta justificación circular lleva a encerrar nuestro pensamiento de cuán evidente es que las relaciones de dominación están inscritas en el orden de lo natural y no de lo social. Es decir, tiene un referente en lo objetivo y en la subjetividad, en la forma en que conocemos. Es un factor clave en la “asimilación de la dominación” (Bourdieu; 2000: 36 y subs.).

De esta manera las relaciones de dominación masculina son inscritas en la naturaleza biológica, cuando en realidad se trata de la naturalización de la dominación. Es una dominación que responde a una construcción social (naturalizada) de relaciones históricas basadas en la división sexual del mundo (Bourdieu; 2000: 37). Se trata de una realidad construida antes de nacer, que nos recibe al momento del alumbramiento y nos configura desde el inicio de nuestras vidas.

Este es un imaginario que es necesario trastocar si se desea apuntar hacia la alteridad. Y precisamente porque, planteamientos como los de Bourdieu, evidencian que la masculinidad forma parte de un imaginario construido socialmente, y no una inherencia biológica de los cuerpos de hombres y mujeres ni una esencia, es que tal realidad puede ser trastocada a partir de la acción humana. Ella puede abrir paso a la búsqueda de formas de ser hombre que no den pie a la opresión de otras ni de otros.

Conclusión

Particularmente, a partir de la última década, en nuestro medio se ha experimentado un incipiente pero creciente interés en el tema de la masculinidad. Algunas personas han visto en esta tendencia la posibilidad de contar con una interlocución crítica y receptiva que permita redoblar los avances hacia la equidad. Si bien esta medida ha sido así en algunos casos, la revisión de algunas de las tesis de tales propuestas nos muestra que esta interlocución no siempre está abierta.

En otro orden, una parte de estos planteamientos apuntan a perpetuar el estado de cosas. Es posible que, cualitativa y cuantitativamente, estas propuestas sean las menos. Pero no por ello gozan de menor aceptación. Aún más, son las de mayor asidero en la cultura patriarcal y por esa razón cuentan con más adeptos en ciertos medios. Otras propuestas, hemos visto, evaden las implicaciones políticas que se derivan de sus planteamientos.

En el marco de una organización social fundamentada en la inequidad, poder contar con argumentos cada vez más sólidos, coherentes y fundamentados es un imperativo para avanzar hacia la igualdad de género, una igualdad ajena a los esencialismos. Evidenciar el carácter histórico de la dominación masculina, y entender que a esta lógica responde la manera en que nos explicamos todas las cosas del mundo, nuestra relación cotidiana con las mujeres y con otros hombres, significa un paso decisivo en nuestra construcción como hombres sujetos de cambio hacia masculinidades no patriarcales y efectivamente igualitarias. De ahí que una revisión crítica de los estudios y posturas sobre la(s) masculinidad(es) es una tarea siempre necesaria para nuestra propia reconstrucción.

En este proceso de búsqueda queda claro, siguiendo las perspectivas críticas, que el significado de ser hombre es históricamente construido y que, en tanto, esta coyuntura se mantiene en constante querrela. Y aunque este conflicto no siempre ha estado asociado a la emergencia de formas no-patriarcales de ser hombre, nos resulta evidente que la búsqueda de la alteridad necesariamente implica entrar en el campo político, es decir, en el terreno de la disputa. En este terreno se debe abonar la creación de nuevos significados, nuevos contenidos y nuevas prácticas asociadas al hecho de “ser hombre”.

La cuestión anterior también lleva implícito un problema de carácter conceptual: ¿cómo se construye la identidad masculina? A este respecto tampoco existe consenso, como se expone en la siguiente parte de este trabajo.

Anexo 3:
Lectura de apoyo para la actividad 15

Introducción a los estudios sobre masculinidades.
Segunda parte: la construcción de la identidad masculina,
bases conceptuales

Introducción a los estudios sobre masculinidades: Segunda parte: la construcción de la identidad masculina, bases conceptuales

Autor: Mauricio Menjívar Ochoa

Introducción

En los últimos lustros, el análisis de la condición masculina ha ido adquiriendo un estatuto propio como objeto de estudio de las ciencias sociales, muy posiblemente asociado a la crítica feminista que cuestionó la equiparación entre *hombre y humanidad*.¹² Si bien nunca se dudó del estatus de los hombres como sujetos de conocimiento, al separárseles de su connotación universalista para ser reducidos a la de sujeto masculino (Pérotin-Dumon, 2001: 3), ha debido pensarse en estos a partir de sus condiciones específicas igualmente susceptibles de ser conocidas.

Más específicamente, se podría señalar que este descentramiento de la posición de los hombres ha traído varias consecuencias en las ciencias sociales, entre las que nos interesa apuntar dos. En primer lugar, desde ya varios años, los estudios en diferentes partes del orbe formulan preguntas antes impensables sobre las subjetividades y las identidades masculinas, y sobre la manera en que se llega a ser hombre.

En segundo lugar, y ligado a lo anterior, emergen perspectivas de análisis que parten de la premisa de la plasticidad humana.¹³ Ello significa que el panorama explicativo deja de estar dominado por los enfoques que hacen de la virilidad una esencia o una cuestión reducida a la biología. Aún más, estas perspectivas esencialistas ya no parten de que la virilidad sea un dato ya dado por el sentido común, por lo que se preocupan por desarrollar explicaciones más o menos elaboradas.

Partiendo de estas consideraciones, esta segunda parte tiene como propósito central abordar y problematizar algunas de las explicaciones que los estudios sobre la condición masculina han brindado sobre un punto básico: la *génesis* social de la masculinidad. Tal premisa implicaría abordar dos cuestiones: si los hombres *se hacen*, ¿qué elementos contribuyen a explicar la manera en que se construye la masculinidad? Y si, por el contrario, no se hacen, ¿qué explica entonces su condición como hombres? Para esta tarea se hará una revisión de las perspectivas analizadas en la primera parte de este trabajo -y de otras nuevas-. Como se ha visto, estas son principalmente de orientación sociológica,

¹² Como hemos ido argumentando en la primera parte de este trabajo, a nuestro parecer los estudios sobre la masculinidad han tenido en los feminismos unos espoliadores decisivos de sus procesos reflexivos. En efecto, y si bien el común denominador de la producción de conocimiento de lo que algunas han denominado como "Historia de las Mujeres", ha sido convertirlas "en el centro de la investigación, en sujetos de la historia, en agentes de narración", lo cierto es que han cuestionado los supuestos de una sociedad pretendidamente neutra. Este "neutro", a decir de Sanahuja (2002: 13) "es, en realidad, masculino y androcéntrico". Esta y otras críticas feministas obligan a repensar el lugar que en la ciencia, partícipe de las nociones androcéntricas, tenemos los hombres como objeto -y sujetos- de estudio. Por supuesto, es imposible negar el surgimiento de intelectuales y grupos de hombres en torno a la reflexión sobre la masculinidad, ya sea desde una perspectiva vivencial o académica. En América, para citar sólo algunos ejemplos, se encuentran CORIAC, en México, White Ribbon Campaign, en Canadá, grupos dentro de CANTERA y Puntos de Encuentro en Nicaragua; el Foro Permanente de Estudios sobre Masculinidades (grupo mixto), WÉM y otros grupos de hombres en Costa Rica.

¹³ Siguiendo a Elizabeth Badinter (1993) este es el abordaje propuesto por los llamados Men's studies, los que, al mismo tiempo, niegan el papel fundamental de la biología.

antropológica, así como de inspiración psicoanalítica. Algunas parten de la masculinidad como construcción social mientras que otras la abordan desde posturas esencialistas y biologists, tal como la que se analiza a continuación.

Apartado 1. El eterno masculino

Una de las principales corrientes de las cuales se han derivado explicaciones sobre la condición masculina es aquella de orientación sociobiologista. Para los también llamados *diferencialistas* o que sostienen la existencia de un *eterno masculino*, el comportamiento humano "se explica en términos de herencia genética y de funcionamiento de las neuronas. Herederos de las tesis de Darwin creen que la conducta humana resulta de la evolución y de la necesidad de adaptarse". Estas teorías sociobiológicas sostienen que "los sexos no están hechos para entenderse sino para reproducirse". De gran asidero en el sentido común patriarcal, esta corriente consideraría que la condición de los hombres es innata y viene dada por los espermatozoides -así como la de las mujeres por los ovarios. Los hombres estarían en "competencia inevitable por la posesión del potencial reproductivo limitado de las hembras", extrapolando modelos de comportamiento basados en la naturaleza. Sería la capacidad dada por la fuerza y la agresividad lo que cuenta en esa competencia y sólo los que poseen tales atributos logran imponerse (Badinter; 1993: 45-46).¹⁴

Para otros esencialistas, no es la genética ni los espermatozoides lo que está a la base de ser hombre sino el *falo*. Este es el caso de Eugene Monick, para quien eso es lo que "los hombres son": falo -que es erección y nunca un pene flácido-. Es este el que "abre la puerta a la profundidad masculina". De inspiración jungüeana, para Monick "la literatura psicoanalítica ha ignorado el falo como fuerza originadora (...) como elemento primordial de la psiquis" (Monick; 1994: 14). En su texto, la argumentación ofrece como punto de origen las implicaciones que tuvo sobre el autor descubrir, a la edad de siete años, el falo de su padre. En sus palabras:

"...recuerdo (...) el poderoso efecto que el incidente tuvo en mí. Ahora pienso que consideraré la masculinidad de mi padre como una revelación (...) sé que la masculinidad estaba claramente presente ante mí" (Monick; 1994:17).¹⁵

En esta concepción falocéntrica de la masculinidad, existen varios elementos a destacar. Un primer aspecto deriva de la noción de *siquis* que, según Monick, viene de Carl Jung. Jung habría entendido la *siquis* "en el sentido original griego de alma, esa parte de la experiencia humana que llega a uno desde adentro", que interacciona con el "mundo exterior, pero en ningún caso como un epifenómeno de éste" (Monick; 1994: 18-19). La masculinidad sería, entonces, un mundo interior *esencial* y no un producto *externo* o, valiera decir en nuestros propios términos, un producto *social*.

¹⁴ En esta perspectiva conservadora, como se imaginará, incluso se justifica la violación.

¹⁵ El autor advierte en la introducción a su libro que el "estudio es necesariamente personal", sin duda refiriéndose a esta experiencia que es central en su argumentación. Señala que, aunque había tratado de "escribir psicológicamente, sin integrar ningún componente personal" había "fracasado" en la tentativa. "La sicología [agrega] es la disciplina del alma, y el alma es siempre una visión personal" (Monick; 1994:15).

Este mundo interior no es meramente individual, sino “transpersonal”. Es decir, se trata de un mundo esencial sin historia, común a todos los hombres pero que les trasciende. De este mundo transpersonal es de donde, al no encontrar un mejor término, se encuentra la *fuerza* de la cual emana la identidad masculina. Según Monick, si bien este mundo no le era completamente ignorado antes de su experiencia frente al falo paterno, habría sido hasta entonces cuando aquel mundo le fuera revelado:

“Era un mundo que de alguna manera yo sabía que existía, pero hasta esa revelación no tenía ninguna imagen tangible que encarnara mi incipiente sentido interior (...) Él y yo estábamos unidos dentro de una identidad masculina que tenía sus raíces más allá de ambos” (Monick; 1994: 18).

Monick ha atribuido al falo una “naturaleza sagrada” pues para un varón “el falo porta la imagen divina interior de lo masculino”. Por tal razón, según este autor, se puede explicar que la disminución de nuestra masculinidad se iguala a la pérdida del órgano sexual masculino, mientras que el logro de la virilidad se iguala a su uso activo. Convertido en un “símbolo religioso y psicológico”, el falo “*decide* por su propia cuenta -independientemente de las decisiones del ego de su dueño- cuándo y con quién entrar en acción. Presentado como un “arquetipo en su esencia”, los “hombres no pueden -por más que deseen lo contrario- hacer que el falo obedezca al ego. El falo tiene su propia mente” (Monick; 1994: 21-26).

Así, este ente divinizado y autónomo, “gobernado por su propia ley o naturaleza interior” (Monick; 1994: 26), coloca el tema del origen de la identidad masculina afuera de cualquier explicación de origen cultural y lo ubica en este mundo-interior-transpersonal.

No obstante, si la cultura desempeña un papel, en la perspectiva de Monick se trata de uno represivo y no genético: la cultura inhibe la “conducta fálica”. Basado en su propia experiencia, señala que antes de su “revelación” en el lecho paterno:

“El falo estaba reprimido en las estructuras culturales de mi socialización: educación, civismo, profesión. En ese mundo no hay lugar para el falo como imagen divina; no le permite participar en la vida cotidiana” (Monick; 1994: 21-22).

Según él, de la misma manera en que se evade culturalmente al falo “como imagen divina”, los hombres estarían ocultando “su fuente de autoridad y poder no exponiendo su sexualidad, sus genitales” Monick; 1994: 22).¹⁶

Aún así, existiría un “deseo masculino de participar en la cofradía -veneración masculina del dios-”. Esto se concretaría en rituales de pasaje como los existentes en Uganda, donde:

“...la circuncisión masculina era motivo de una gran celebración tribal. La circuncisión ritual era la forma en que un niño se convertía en hombre, y era necesario que el joven pasara la severa prueba sin retroceder ni acobardarse” (Monick; 1994: 23).

¹⁶ Según este autor, los hombres sólo exponen sus genitales “cuando el poder del secreto es demasiado fuerte como para ser contenido, cuando el dios exige expresión (idem).

De manera consecuente con su postura esencialista, Monick pareciera encontrar en tales rituales no uno de los factores sociales que intervienen en la construcción de la masculinidad sino la muestra de que el mundo interno tiene que ser sacado de su letargo. Otros autores, también de inspiración yungüiana, comparten la idea de que existen “estructuras profundas de la psique masculina” que deben ser desbloqueadas por rituales tribales homosocializadores (Moore y Gillette; 1993: 18). En este caso serían el “patriarcado” y el “feminismo”, los que habrían contribuido a generar este bloqueo o, en otros términos, a impedir una “conexión adecuada con las energías masculinas profundas e instintivas, con los potenciales de la masculinidad madura”, tal y como hemos argumentado en el capítulo anterior.

Apartado 2. La masculinidad como negación o de la huida de la feminidad

Entre los llamados *Men's Studies* y estudios afines de orientación crítica a los supuestos esencialistas, es bastante aceptado que la construcción de la identidad masculina surge de un doble proceso: la identificación con un modelo masculino y el repudio o la diferenciación de la feminidad. Para dar sustento teórico a esta aseveración, algunos han partido de la psicología y del psicoanálisis.

Siguiendo los argumentos de Freud, Michael Kimmel ha señalado la significación del proyecto edípico, el cual resulta decisivo para la génesis de la masculinidad. Este proyecto es un proceso de renuncia del niño “a su identificación con el profundo vínculo emocional con su madre, reemplazándolo entonces por el padre como objeto de identificación”. Según este modelo, la sexualidad del muchacho pasará a parecerse a la sexualidad del padre “(o por lo menos, a la manera que él se imagina a su padre): amenazante, devastador, posesivo y, posiblemente, castigador. El muchacho ha llegado a identificarse con su opresor; ahora él mismo puede llegar a ser el opresor” (Kimmel; 1997: 52).¹⁷

No obstante, en el joven persiste el temor a fracasar en su tarea de ser un “hombre total” al ser “desexuado” como tal; ello le relegaría a ser un “hijito de su mamá, un afeminado”. Así, para Kimmel, la hombría llega a ser una búsqueda de toda la vida para demostrar su logro, “como si probáramos lo improbable a los demás, porque nos sentimos tan inseguros de nosotros mismos” (Kimmel; 1997: 52-53).

De acuerdo con Kimmel, la adquisición de la identidad de género masculina ofrece como indicador “el impulso de repudiar a la madre”, lo cual genera tres consecuencias para el muchacho. La primera empujaría “lejos a su madre real, y con ella los rasgos de acogida, compasión y ternura que pudiera haber encarnado”. La segunda consecuencia es que debe suprimir en sí mismo tales rasgos, cuya posesión revelaría “su incompleta separación de la madre”. La demostración de que ha logrado separarse deberá ser desplegada

¹⁷ Sin “suscribir las ideas psicoanalíticas de Freud”, Kimmel (1997: 56) ha desarrollado algunas ideas respecto de las implicaciones homoeróticas que devienen de la identificación con “nuestro opresor” (el padre). Según este autor “si en la etapa preedípica [el muchacho] se identifica con su madre, *ve al mundo a través de los ojos de su madre*. Así, cuando se confronta con su padre durante su gran crisis de la etapa edípica, experimenta una visión dividida: ve a su padre como su madre ve a su padre, con una combinación de temor, maravilla, terror y *deseo*”. Este deseo homoerótico debe ser “desechado como deseo femenino, en cuanto es el deseo por otros hombres”. Aquí, la homofobia tendría un importante peso en la supresión de este deseo “...para purificar todas las relaciones con otros hombres, con las mujeres, con los niños, y para asegurar que nadie pueda alguna vez confundirlo con un homosexual”.

permanentemente a lo largo de su vida. Según señala este autor, “la identidad masculina nace de la renuncia a lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino, lo cual deja a la identidad de género masculino tenue y frágil”. En tercer y último lugar, y como demostración de su éxito diferenciador, el joven llega a aprender que debe “devaluar a todas las mujeres en su sociedad, como encarnaciones vivientes de aquellos rasgos de sí mismos que ha aprendido a despreciar”. He aquí, según Kimmel, los orígenes del sexismo, que Freud, de manera consciente o no, habría contribuido a descubrir (Kimmel; 1997: 53-54).

Las maniobras masculinas para evitar la simbiosis con la madre también han estado en la base del trabajo realizado por Robert Stoler y Gilbert Herdt. En un estudio *psicodinámico*, a partir de los sambia de Nueva Guinea, aportan otras hipótesis sobre la construcción de la masculinidad en el marco de relaciones familiares (Meler; 2000: 114).

Una primera hipótesis sobre esta tribu -que fomenta un tipo de masculinidad feroz con el fin de “obtener éxito en la guerra y en la caza- apunta a que “cuanto más prolongada, íntima y placentera sea la simbiosis entre la madre y su hijo varón, mayor es la posibilidad de que un niño se vuelva femenino. Si el padre no interrumpe de un modo eficaz esa fusión, el niño puede llegar a convertirse en transexual”. Cabe anotar que en esta fórmula confluirían una madre que de niña habría sido “masculinizada”, y un padre ausente y desdibujado “inepto como modelo de masculinidad” (Meler; 2000: 114-115).

La segunda hipótesis propone que “los niños varones deben desarrollar barreras intrapsíquicas contra su deseo de fusión con la madre”. De esta manera, la masculinidad social resultaría de tal defensa contra la simbiosis, lo cual, a su vez, implicaría:

“...envidia y temor ante la mujer, necesidad de mantenerla a distancia y rebajarla, aunque se la desee. La rudeza, el machismo y la homofobia son manifestaciones defensivas para renegar de cualquier aspecto femenino del sí mismo” (Meler; 2000: 115).

Stoler y Herdt concluirían que “si se supera la simbiosis y se instala la separación psicológica con respecto de su madre, un niño puede avanzar hacia cuestiones edípicas, o sea, desear tenerla para sí, en lugar de ser como ella. Para este fin se identificará con el padre, a quien admira...”. Así, la creación de una masculinidad beligerante por parte de los sambia responde a una “reacción defensiva frente a las amenazas del medio ambiente...” (Meler; 2000: 116).

Elizabeth Badinter ha brindado una argumentación que parte de autores como Eric Erikson - del cual también parten Stoler y Herdt-, J. Money, A. Ehrhardt y Ruth Hartley, quienes dan fundamento a los conceptos de *identidad* y de *diferencia*.

Según Badinter, gracias a Erik Erikson, sabemos que la adquisición de una identidad, ya sea social o psicológica, es un proceso “que implica una relación positiva de inclusión y una negativa de exclusión. Uno se define con base en semejanzas y diferencias” [sic]. El sentido de identidad sexual operaría de esa manera. Erikson habría señalado la importancia del concepto de *diferenciación*:

“...Se sabe que un niño puede distinguir su identidad sexual gracias a la diferenciación con los miembros del sexo opuesto, y que esa diferenciación tiene tanta importancia como la identificación con los del mismo sexo”. [Por su parte] J. Money y A. Ehrhardt subrayan la importancia del código negativo. No sólo es un conjunto 'vacío' sino que sirve a la vez de modelo de lo que no debe hacerse y de lo que es propio del otro sexo" (Badinter; 1993: 60).

De igual manera, la psicóloga Ruth Hartley habría llegado a la conclusión de que el niño se define ante todo por vía negativa:

“Los hombres aprenden antes lo que no deben ser para ser masculinos, que lo que deben ser. Para muchos niños la masculinidad se define simplemente como lo que no es femenino. Nacido de mujer, acunado en un vientre femenino, la criatura masculina está condenada a dedicar gran parte de su vida a diferenciarse, cosa que no sucede con la criatura femenina...” (Badinter; 1993: 62).

Según Hartley, la negación que debe efectuar todo varón para “afirmar” su masculinidad es triple, y no sólo respecto de la madre, fundamento de lo femenino. También tendrá que convencer al resto, y a sí mismo, de que no es un bebé y que no es un homosexual. Así, la identidad masculina sería secundaria, en tanto que al primer momento de identificación con la madre seguiría “aquella negación que es la masculinidad”. En el caso de la niña, no sería necesaria tal separación y proceso de negación con la madre en un primer momento ni después. Entonces, se asistiría a un proceso de identificación (Badinter; 1993: 62).

Badinter ha sugerido que este principio de diferenciación sexual es de carácter universal; sucede en todos los tiempos y lugares, aún cuando la manera en que se produzca varíe “considerablemente de una sociedad a otra”. Para ella, la explicación social sería insuficiente y no podría sustituir al factor psicológico. Según ella

“La necesidad de diferenciarse del otro no es un producto del aprendizaje sino una necesidad arcaica (...) El acto cognoscitivo empieza a operar a partir de la distinción y la clasificación, pero sobre todo, a partir del dualismo. El niño aprende a clasificar gentes y objetos en dos grupos, uno parecido a él, el otro opuesto" (Badinter; 1993: 108).

En este sentido se utilizan las categorías de masculino o femenino para comprender el mundo y, sobre todo, "para entenderse a sí mismos".¹⁸

Kimmel ubicaría la diferenciación masculina respecto de la madre a la base del sexismo, a lo cual habría que añadir con Badinter que la raíz de ser misógino¹⁹, cruel, además de

¹⁸ Badinter (1993: 112) se apura a señalar que, si bien es cierto, las concepciones dualistas fueron de las peores armas del patriarcado en su enfrentamiento con las mujeres, habría que otorgarle importancia a la diferenciación “en la formación de la conciencia de identidad del niño. Negarlo [argumenta] implica arriesgarse a caer en la confusión sexual, que nunca ha sido propicia para la paz entre hombres y mujeres”.

¹⁸ La misoginia se fundamenta en la creencia de que las mujeres son inferiores a los hombres. Sobre este concepto véase Gioconda Batres (1999: 11).

¹⁹ La misoginia se fundamenta en la creencia de que las mujeres son inferiores a los hombres. Sobre este concepto véase Gioconda Batres (1999: 11).

polígamo, duro, perverso, fuerte, independiente, etc., viene de esta separación y del temor a la homosexualidad, como producto de la identificación con la madre.²⁰

Varias observaciones pueden hacerse a los enfoques realizados por estos autores. El planteamiento de Kimmel, al partir de la importancia del proyecto edípico, pareciera esencializar en la feminidad rasgos como la compasión y la ternura. Sin embargo, estas características son parte del modelo hegemónico de feminidad posicionado en las relaciones patriarcales. Es decir, no es un rasgo psíquico sino una construcción social. Tampoco las mujeres, ni todas ni siempre, pueden operar bajo dicho patrón ni alcanzar este "ideal".

Elizabeth Badinter, en su muy lúcido texto *¿Existe el instinto maternal?...*, ha dado convincentes pruebas a partir del caso francés, de que el amor maternal es una construcción histórica con fines políticos. A la altura del siglo XVIII, el niño era considerado más como un estorbo para todas las mujeres que se ven obligadas a trabajar para vivir, que como objeto de ternura. El resultado es que su abandono es una práctica común y sin censura social.²¹ Si bien la reflexión a partir de la evidencia empírica debe ser reforzada, las evidencias sugieren que este principio edípico debería ser revisado históricamente, lo cual nos haría dudar, al menos en principio, de su aplicabilidad como herramienta analítica generalizable en el sentido utilizado por Kimmel.

Podría resultar más razonable el principio de diferenciación *psíquico* sostenido por Badinter: es del todo coherente pensar que los seres humanos operamos a partir de la identidad y la distinción para definirnos en el mundo. No obstante, otra evidencia sugiere que no podemos despreciar la explicación *social* en favor de esta supuesta necesidad arcaica que sería la *diferenciación*.

David Gilmore ha recogido varias reseñas sobre la sociedad tahitiana que datan desde el siglo XVIII, las cuales testimonian las escasas diferencias entre mujeres y hombres, no sólo en el plano de los roles, sino en el de la agresividad y la ternura. Retomando el estudio de Robert Levy realizado en los años sesenta, Gilmore escribe:

"...que las diferencias entre los sexos 'no están muy marcadas' en Tahití, sino que son más bien 'borrosas' o 'difusas'. Los varones no son más agresivos que las mujeres, ni las mujeres más 'tiernas' o 'maternales' que los hombres. Además de tener personalidades similares,

²⁰ Lo socialmente conveniente considerado como masculino "está en el hecho de maniobras de defensa: miedo a las mujeres, miedo a parecer femeninos, aunque sea manifestando ternura, pasividad o preocupación por los demás y, desde luego, miedo a ser deseado por otro hombre". Badinter (1999: 89) plantea a partir de lo anterior, siguiendo a Stoller, que las actitudes del hombre común sean "Ser rudo, escandaloso, beligerante; maltratar y convertir en a las mujeres en fetiches; buscar únicamente la amistad de los hombres pero odiar a los homosexuales; hablar groseramente; despreciar las ocupaciones de las mujeres. El primer deber de un hombre es: no ser mujer."

²¹ Badinter; 1980 55 y subs. Según Badinter en "los oficios la mujer está directamente asociada al trabajo de su marido (...) donde le resulta más dificultoso conservar a sus hijos a su lado y criarlos". La práctica de enviar a los hijos e hijas con las nodrizas es, a los ojos de nuestro momento histórico, nada empática, no sólo por que les alejaba de las madres sino porque les sometía a una gran vulnerabilidad que frecuentemente les llevaba a la muerte. En la difusión del uso de la nodriza confluían circunstancias materiales que coaccionaban en tal sentido, la actitud de la comunidad para la cual el bienestar del niño era secundaria y a la que se le anteponían otras consideraciones, como la necesidad de hacer marchar la empresa familiar o "ayudar" al marido.

los hombres y las mujeres desempeñan papeles tan parecidos que casi resultan indistinguibles” (Gilmore; 1994: 198-199).

Tampoco habría existido entre los hombres angustia ni ansiedad al asumir lo que Levy conoce como “una identidad femenina”. El “afeminamiento” se aceptaría como un tipo corriente y general de personalidad masculina. De tal manera, si bien el tipo sexista y patriarcal está claramente más difundido, la diferenciación no pareciera ser una necesidad tan arcaica y universal como propone Badinter y su rol fundante de la masculinidad tendría una fuerza explicativa parcial. Así, y aunque esta evidencia no invalida del todo los argumentos de corte psicologista, sí los relativiza y obliga, nuevamente, a la contrastación histórica.

Por último, habría que añadir que Maurice Godelier, desde una mirada antropológica, ha cuestionado el “rol fundante que el psicoanálisis ha asignado a la sexualidad para la estructuración de la subjetividad humana”, pues para este autor el análisis debería subordinar la sexualidad a los arreglos de poder. Aquí la sexualidad aparecería más como “una herramienta eficaz para instalar jerarquías” (Meler; 2000: 113).

Apartado 3. La virilidad en las explicaciones antropológicas: utilidad vs. poder

Dentro de las explicaciones antropológicas, la de David Gilmore propone que la *utilidad social* se encontraría a la base de la génesis de la masculinidad. La *virilidad*, en palabras del propio Gilmore, sería un instrumental construido culturalmente cuyo propósito es el de la perpetuación social, o en sus términos:

“...para perdurar, todas las sociedades se enfrentan a dos requisitos básicos y formales: la producción y la reproducción, es decir, la economía y el renacer” (...) Por razones anatómicas u otras, en la mayoría de las sociedades las mujeres se responsabilizan de la reproducción y los varones de la producción (y defensa)” (Gilmore; 1994: 219).²²

En este tanto, la derivación de la propuesta de Gilmore establece que el origen cultural de la masculinidad es erigida por el grupo para que sea funcional con sus necesidades. Este autor sostiene que la continuidad básica de la sociedad enfrenta amenazas directas o indirectas, las cuales son de dos tipos: la primera, de tipo interno, es la entropía, el peligro de que “la materia se convierta en energía libre y las cosas ‘se desmoronen’ por sí mismas”.

La segunda es de tipo externo: son “los peligros inherentes a la vida humana (y animal) (...): depredadores, animales salvajes, recursos limitados”. Debido a estas amenazas la cultura despliega “códigos y normas morales” cuyo propósito es el de “animar” a la gente “(...a veces con premios y castigos psicológicos, en vez de materiales) a perseguir unos fines sociales, al mismo tiempo que satisfacen sus propios deseos personales”, es decir, que la cultura reconcilia “las metas individuales con las del grupo” (Gilmore; 1994: 219).

²² Según este autor, los papeles de varones como de mujeres tienden a reproducir las estructuras y no representan un camino de “autorrealización personal”.

Con este punto de partida podríamos señalar que la explicación respecto de cómo se construye la virilidad combina tesis que otorgan un papel crucial a la ideología, al entorno y a la psicología, las cuales pasamos a revisar.

La primera gran tesis propuesta por este autor, aludiendo a la ideología, es que la virilidad sería “la barrera social que las sociedades deben erigir” frente a las amenazas tanto internas como externas, las cuales harían “peligrar la vida en grupos”. La virilidad sería una estrategia humana que habría dado buenos resultados “en la mayor parte de las circunstancias”. Se trata de una virilidad bajo presión que habría permitido a la mayoría de los grupos humanos afrontar situaciones de guerras así como de escasez material. Aquellos que no hubieran sufrido tales exigencias funcionarían como contrapunto explicativo; tal sería el caso de los tahitianos, antes mencionados, o el de los semai, que encuentran en la huida una respuesta social válida.

Lo anterior da cabida a una segunda tesis de corte materialista. Partiendo de Marx en *Críticas al Programa Gotha*, sostiene que “todo valor social es el producto del trabajo humano actuando sobre las materias primas de la naturaleza”. Toda formación social dependería para su reproducción “de un sostenido nivel de trabajo, del esfuerzo humano que constantemente extrae orden y sentido del flujo de la naturaleza.

Los ideales de virilidad, como parte de la cultura, serían un producto del trabajo físico y mental, parte del “esfuerzo humano que constantemente reproduce las condiciones que le dieron nacimiento”, y que contribuye a la constructividad general. A pesar del fuerte énfasis que pareciera otorgarle al trabajo, según este autor lo que operaría, más que una relación de causalidad, es una acción combinada “entre el contexto material de una sociedad y su ideología” (Gilmore; 1994: 220-221).

El tercer factor necesario en la ecuación de la virilidad, junto con la ideología y el entorno es “la dimensión psicológica”. Gilmore propone que existe una “tendencia humana universal” a huir del peligro y a “buscar consuelo en el regazo de la madre”, que sería lo que denomina como “regresión psíquica”. Los hombres encontrarían en esta regresión los obstáculos para el desempeño de su papel en condiciones de gran adversidad, ya sea para defender o para proveer al grupo. De ahí “la formación-reacción de una masculinidad omnicompetente y reacia a las fobias” (Gilmore; 1994: 222).

La lucha por la masculinidad sería, entonces, una batalla contra tales deseos y fantasías regresivas, una difícil renuncia a los anhelos del idilio infantil que resulta inaceptable, no sólo para el individuo, sino “para la sociedad como mecanismo en funcionamiento”. Así, diría nuestro autor, desde el punto de vista posfreudiano “la imaginería de la virilidad puede interpretarse como una defensa contra el eterno niño interior (Gilmore; 1994: 38-39). Para la elaboración de esta imaginería las sociedades recurrirían a las aprobaciones culturales, ritos y pruebas de aptitudes y resistencia, que no sería una esencia o un arquetipo, como señalarían los autores de inspiración jungüeana, sino un producto cultural altamente funcional.

El resultado presentado por Gilmore es una virilidad bajo presión basada en la doctrina del logro, orientada a la lucha y al rendimiento y a cumplir tres requerimientos morales: preñar

a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares. Dicha situación, por supuesto, en las sociedades que enfrentan condiciones hostiles en su medio.

Otros autores y autoras también han partido de algunos supuestos o han llegado a algunas conclusiones similares a la de Gilmore respecto de los factores explicativos de la génesis de la masculinidad, aunque con niveles de profundidad y propósitos distintos. Un texto de difusión sobre el tema de la masculinidad acoge la perspectiva funcionalista, aunque de manera más llana.

Efectivamente, en su texto *Intimidades masculinas*, Walter Riso supone la utilidad de la fuerza física “en los niveles preestatales de la civilización”, en los que el poder muscular masculino resultaba determinante en dos tipos de situaciones: era necesario que los hombres fueran fornidos para la guerra, así como cuando “el hábitat se volvía hostil”, con lo que “el músculo comenzaba a ser determinante para la sobrevivencia”. Igualmente rescata los ritos de iniciación masculina que partía del principio de que “para hacerse hombre y ser reconocido como tal, es necesario sufrir” (Riso; 1998: 24). No obstante, este autor no ha profundizado en los motivos funcionales que se encontrarían a la base de dichos rituales.

En un mayor nivel de complejidad, y a partir de un estudio en que compara “ciento cincuenta sociedades investigadas etnográficamente”, la antropóloga feminista Peggy Reeves Sanday ha partido de una tesis similar a la de Gilmore en la que se sostiene una relación explicativa entre medio ambiente y masculinidad. Según reseña Irene Meler, esta autora “observa que cuando las condiciones ambientales son adversas, ya sea porque el entorno geográfico sea inclemente, o árido, o los vecinos belicosos, y cuando a causa de esos factores el grupo haya debido migrar o embarcarse en guerras, el dominio masculino aumenta” (Meler; 2000: 72).

Debe anotarse que Reeves incorpora, no obstante, el problema de la dominación masculina, que no se encuentra incorporado en el andamiaje conceptual de Gilmore. Irene Meler ha resaltado críticamente este aspecto, que guarda particular importancia para nuestra discusión sobre los factores fundantes de las masculinidades. Como hemos señalado, Gilmore parte del supuesto marxista de que toda formación social es producto del trabajo humano actuando sobre la naturaleza. Para la continuidad de tal formación, sería necesario un nivel sostenido de trabajo, productor de orden y sentido a partir del flujo de la naturaleza. No obstante, según señala Meler, este autor obviaría un aspecto medular de la teoría marxista, a saber “su énfasis en el conflicto existente entre diversos sectores sociales y en la tendencia humana a explotar a sus semejantes estableciendo relaciones de dominación. La sociedad que percibe Gilmore [continúa Meler] parece un conjunto homogéneo, cuyos intereses son comunes.” (Meler; 2000: 100).

Dentro de la conflictividad social se encuentran la dominación y el abuso masculinos sobre las mujeres, que el planteamiento de Gilmore nublaría. Y, ciertamente, aunque el antropólogo ha explicitado que en las sociedades con una virilidad bajo presión las mujeres suelen estar bajo el control de los varones, desestima el factor explicativo que las perspectivas “feministas radicales” y “los marxistas más doctrinarios” han otorgado al poder como explicación universalmente aplicable.

Al referirse a las interpretaciones sobre los “roles sexuales” que aquellas han brindado, Gilmore desestima que la ideología sexual tenga siempre una “función explotadora”. Esta posición necesariamente llevaría a preguntarse ¿a quién beneficia? La respuesta en estas teorías, según este autor, es que las ideologías masculinas serían

“...máscaras o justificaciones de la opresión de la mujer. Ven las ideologías masculinas como mistificaciones de las relaciones de poder, como ejemplos de falsa conciencia” (Gilmore; 1994: 34).

Gilmore sólo considera posibles tales explicaciones en casos extremos de dominación masculina y como explicación parcial pero no como explicación universal. Cita casos de los muchachos bosquimanos, cuya cultura es considerada como igualitaria por las feministas, quienes deben someterse a pruebas de resistencia y destreza que no incluyen a las muchachas. También señala que en otras culturas la concepción de masculinidad no tiene función opresora (Gilmore; 1994: 35).

Para nosotros pareciera evidente que en estas posturas críticas a ciertos feminismos y marxismos gravita la argumentación sobre la funcionalidad o utilidad social que tanto peso otorga este autor a la masculinidad: los hombres son llevados a cumplir un papel para la supervivencia del grupo. No obstante, y por otro lado, Gilmore obvia la falta de involucramiento de los hombres en la proveeduría de sus hijos e hijas en sociedades occidentales, cuestión que ha pasado a formar parte de la agenda en algunos países y de algunos organismos internacionales.²³

A este respecto una hipótesis arrojada por nuestro estudio sobre el tema de la paternidad en Costa Rica (Menjívar; 2002 a y 2004), es que para algunos hombres la noción de familia y las responsabilidades masculinas, que se adquieren con el vínculo familiar, cubre fundamentalmente la relación de pareja en la que se encuentran inmersos así como los hijos de *esa relación*. De esta suerte, con la distancia temporal y espacial, su relación con hijos e hijas de relaciones anteriores, van perdiendo intensidad y frecuencia. Lo dicho problematizaría la postura de Gilmore en lo relativo a la protección y manutención de *todos* sus familiares, y restaría peso a su explicación funcional.

Otra visión que brinda un contrapunto a las tesis funcionalistas de Gilmore es la de Maurice Godelier, y en la cual la *utilidad* social no se encuentra a la base de la génesis de la *virilidad*. Con un enfoque que privilegia el conflicto, Godelier realiza un estudio antropológico sobre la tribu baruya de Papúa, Nueva Guinea. En esta perspectiva:

“...la división sexual del trabajo y los roles de género, lejos de constituir artilugios destinados a la supervivencia del grupo, son recursos para establecer las jerarquías sociales

²³ En el caso costarricense, una parte de este proceso de tematización pública del asunto de la paternidad *irresponsable* se encuentra en la aprobación de la ley en el año de 1991, así como en el proceso de construcción de los lineamientos y compromisos institucionales que darían pie a la política pública sobre la materia (véase Presidencia de la República 2001^a; 2001b y 2001c). También agencias internacionales han brindado fondos con diferentes finalidades: apoyo de la política, investigación y capacitación; tal es el caso del Fondo de las Naciones Unidas para la Población (véase Rivera y Ceciliano; 2003), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (véase, por ejemplo, Rodríguez y Lázaro 2000) y la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional (Gomáriz, y otras/os; 2002).

y la dominación masculina como el arreglo básico sobre el que ellas se sustentan” (Meler; 2000: 105).

Las bases del poder masculino se sustentarían en que las mujeres son excluidas de los medios de producción, de la política y de lo simbólico. No obstante, el problema de este planteamiento sería, a decir de Irene Meler, que “la división del trabajo no sirve como causa explicativa del dominio, porque lo presupone”, y que Godelier, al explicitar la dominación, no habría registrado “que existe una cierta *funcionalidad* en algunos arreglos” (Meler; 2000: 105).

Apartado 4. Masculinidad: la construcción del imaginario sobre los cuerpos

La última tendencia que nos interesa abordar en este ensayo es heredera del desarrollo de la categoría de género, que fue planteada por las feministas anglosajonas de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta.²⁴

Según esta línea de pensamiento de los estudios sobre masculinidad, la imaginería de la virilidad -y por lo tanto la femineidad- es construida sobre los cuerpos a partir de un hecho arbitrario: la genitalidad y la reproducción u otros factores de la “naturaleza humana”.²⁵ Este imaginario es interiorizado por los hombres, quienes a su vez participan reproduciéndolo y recreándolo de manera más o menos activa, con márgenes de maniobra ciertamente estrechos. Es decir, y a grandes rasgos, la identidad masculina encuentra su origen en los procesos de socialización e interiorización de las nociones de género, las cuales se fundamentan en la producción simbólica a partir de las diferencias anatómico-biológicas corporales.

Partiendo de esta línea de pensamiento, Joseph-Vincent Marqués plantearía que el proceso de *socialización* -que tiene lugar luego de la constatación de la anatomía-, jugaría un papel básico en la instauración de la masculinidad en los individuos particulares. Con la socialización “se trata de fomentarle [al varón] unos comportamientos, de reprimirle otros y de transmitirle ciertas convicciones de lo que significa ser varón” (Marqués; 1997: 18).²⁶ Pero, más aún, el “*núcleo de la construcción social del varón*” radicaría en que durante tal proceso de socialización los hombres son señalados como *importantes*:

²⁴ Como ha planteado Sanahuja (2002: 31 y subs.), estas feministas desarrollaron la distinción entre sexo y género, en que se asociaba *el sexo* “a las categorías biológicas que permiten diferenciar a las mujeres de los hombres y el género a atributos psicológicos, actividades, roles y estatus sociales culturalmente vinculados a cada categoría sexual. Así, el género constituye un sistema de creencias, cuyo pivote es el principio de una determinación biológica”.

²⁵ Efectivamente existen variaciones sobre este aspecto, en el que no sólo cuenta la genitalidad. Por ejemplo, para Kaufman (1997: 69) “La posibilidad de construir el género radica en dos realidades biológicas: la maleabilidad de los impulsos humanos y el largo período de dependencia infantil. Sobre esta estructura biológica puede operar un proceso social por cuanto este período de dependencia es vivido en sociedad”. Para otros, como Marqués (1997) y Connell (1997), la anatomía es fundamental pues a partir de esta se erige el género pero, como señala este último, el género no se reduce al dato biológico.

²⁶ Según este autor, en el modelaje operado en la socialización del varón se reprime “la afectividad y el interés por lo íntimo y doméstico y se les fomenta todo aquello que sirva para convertirse en sujeto pleno y exitoso en la vida social” (idem: 20).

“Ser varón en la sociedad patriarcal es ser importante. Este atributo se presenta con un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es ser muy importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino” (Marqués, 1997: 19).

En este planteamiento la socialización brinda un modelo que debe ser seguido por los sujetos a partir de un proceso simultáneo que procura homologar y diferenciar. El mecanismo de homologación opera cuando se busca reducir las diferencias personales potenciales entre los individuos varones, a los cuales se trata de uniformar en un único modelo masculino. Se procura abrir las diferencias cuando se contrapone a los varones con respecto de las mujeres, las cuales, a su vez, sufren un proceso análogo.

En el caso de los varones, Marqués sostiene que éstos son encarados con un *Modelo-Imagen* de sí mismo que cumpliría dos funciones contradictorias: la de *refugio*, por una parte, y la de *impugnación y angustia*, por otra. La primera función serviría, a manera de “consuelo”, para aquellos hombres ubicados en una jerarquía inferior en la escala intragenérica, es decir, aquella marcada por las relaciones hombre-hombre. El consuelo radicaría en que, siendo imposible para todos poder ubicarse en las categorías de jefatura, para la cual todo hombre habría sido criado, al menos a todos cubre el beneficio del “orgullo corporativo masculino”, marcado por el hecho de que ser varón es ser importante. Como señala Marqués, este orgullo se afincaría en el consuelo de que “prestigiosos o importantes personajes resultan ser sus colegas o congéneres. Dios Padre, Jesucristo, el Papa, Alejandro Magno...” y una interminable lista, “son socios del mismo club al que pertenece el varón” (Marqués; 1997: 21).

Sin embargo, la segunda función, esto es, la *impugnación* y la *angustia*, se producen al analizar el saldo que deja la comparación del varón promedio con tales figuras. Así, la gran mayoría resultamos ser “muy poca cosa”, y la tal constatación puede suponernos una impugnación de nosotros mismos “... Ser varón es potencialmente estar condenado a la angustia” (Marqués; 1997: 21).

De esta suerte, mientras que la primera parte de este modelo patriarcal es altamente tranquilizadora, puesto que “*ser varón es ya ser importante, de modo que quien es varón es importante por ese solo hecho*”, la segunda parte conlleva a la vez una obligación y una posibilidad de ser impugnado dentro del colectivo: “*ser varón obliga a ser importante, de modo que quien es varón sólo si consigue ser importante llega a ser propia o plenamente varón*” (Marqués; 1997: 22-23. Cursivas en el original)

Así, el mensaje que da origen a la masculinidad es profundamente dual. La virilidad aparece más endeble y precaria que sólida, así como condenada al inacabable juego validación-impugnación. Siguiendo la lógica argumentativa de Marqués, encerrándolos esta dualidad, la sociedad patriarcal sienta las bases para convertir a los hombres en sus “socios útiles”. En esta aseveración asoma, nuevamente, la masculinidad como componente funcional de la sociedad. Sólo que en este caso la sociedad patriarcal aparecería como un sujeto con racionalidad propia, y el fin no es la supervivencia del conjunto sino la dominación en la que los hombres seríamos accionistas.

Michael Kaufman también ha partido de la idea de la interiorización del género y de la complicidad masculina, aunque otorgando un mayor peso a la categoría del poder, así como a los hombres como agentes del proceso. Para este autor:

“...lo clave del concepto de género [en el marco del cual se debe entender la masculinidad] radica en que éste describe las verdaderas relaciones de poder entre hombres y mujeres y la interiorización de tales relaciones” (Kaufman; 1997: 66).

Kaufman plantearía un concepto más dinámico de la construcción de la masculinidad, en la que los hombres no son meros entes pasivos de los procesos socializadores. En efecto, si bien estos procesos aparecen teniendo un papel fuertemente condicionante, lo cierto es que en esta perspectiva los sujetos participan en la “adaptación” y “fortalecimiento” de las instituciones patriarcales, así como en su recreación. Para explicitar este proceso, Kaufman ha propuesto el concepto de “*gender work*”; en sus propias palabras:

“La interiorización de las relaciones de género es un elemento en la construcción de nuestras personalidades, es decir, la elaboración individual del género, y nuestros propios comportamientos contribuyen a fortalecer y adaptar las instituciones y estructuras sociales de tal manera que, consciente o inconscientemente, ayudamos a preservar los sistemas patriarcales. Este procesos, considerado en su totalidad, constituye lo que yo llamo *gender work* de una sociedad” (Kaufman; 1997: 69. Cursivas en el original).

El proceso de construcción del género, y por lo tanto de las masculinidades, no podría ser una cuestión estática, algo en lo cual nos convertimos, pues existiría “un proceso activo” que lo crea y lo recrea de manera más o menos permanente de acuerdo con las relaciones cambiantes del poder de género y las interacciones permanentes “con las estructuras del mundo que nos rodea” (Kaufman; 1997: 70).

Una tercera y última propuesta que nos interesa destacar en la línea de explicaciones es la de Pierre Bourdieu, quien parte de la crítica a las visiones parciales que tienden a explicar las relaciones de género privilegiando o lo simbólico o las condiciones materiales de vida (Bourdieu: 2000: 13) -última vertiente en la que se inscribe Gilmore.

Para la superación de estas visiones parciales, Bourdieu propone la conveniencia de “un análisis materialista de la economía de los bienes simbólicos”. Esta tarea sería emprendida en su libro *La dominación masculina*, con su “análisis etnográfico de las estructuras objetivas y de las formas cognitivas (...) de los bereberes de la Cabila” (Bourdieu; 2000: 17).²⁷

Su planteamiento nos aproxima significativamente a la forma en que son construidos socialmente los sexos a partir de la interacción entre “estructuras objetivas” y “formas cognitivas”. Una de las claves de este planteamiento radicaría en que la división entre los sexos reside en la concordancia de aquello que pertenece al mundo de las cosas -es decir, “la conformación del ser”- y la forma de conocer. En la experiencia humana esto estaría a la base de la naturalización de la sociedad androcéntrica, y por lo tanto, de la dominación masculina. En palabras de Bourdieu:

²⁷ Bourdieu señala que su trabajo consistiría en un realizar un “socioanálisis del inconsciente androcéntrico” que logre objetivar las categorías de tal inconsciente.

“La división entre los sexos parece estar «en el orden de las cosas», como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable: se presenta a un tiempo, en su estado objetivo, tanto en las cosas (en la casa por ejemplo, con todas sus partes «sexuadas»), como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes, que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción” (Bourdieu: 2000: 21).

El orden social funcionaría “como una inmensa maquinaria simbólica” que construye una realidad sexuada al depositar unos “principios de visión y de división sexuales” sobre los cuerpos. En las diferencias biológicas, y particularmente en las diferencias anatómicas entre los órganos sexuales de los cuerpos masculino y femenino, aparecería la “justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, y en especial de la *división sexual del trabajo*” (Bourdieu: 2000: 22).

Es decir, y con clara distancia de los enfoques materialistas de corte funcionalistas, *no son* las necesidades de la reproducción social -o problemas básicos de subsistencia, para parafrasear a Gilmore-, las que determinarían la organización simbólica de la división sexual del trabajo y, progresivamente, de todo el orden natural y social:

“... *más bien es una construcción arbitraria de lo biológico*, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus costumbres y de sus funciones, en particular de la reproducción biológica, [la] que proporciona un fundamento aparentemente natural a la visión androcéntrica de la división de la actividad sexual y de la división sexual del trabajo y, *a partir de ahí, de todo el cosmos*” (Bourdieu: 2000: 37. Las cursivas son nuestras).

Las relaciones de dominación, al ser inscritas en la naturaleza biológica, es decir, al ser deshistorizadas, arrancadas de las condiciones sociales que las producen, adquieren legitimidad en tanto son presentadas como “neutras”. Se trata de una construcción social naturalizada que adquiere una forma de causalidad circular gracias a que:

“...el principio de visión social constituye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que la apoya” (Bourdieu: 2000: 24).

Entonces podríamos señalar siguiendo a Bourdieu, que en la naturalización de lo social -que sirve para erigir principios de visión para la construcción sexualizada de lo anatómico-biológico-, habría que buscar al menos parte de las bases sobre las cuales se edifica socialmente la masculinidad -y por supuesto la feminidad- en sociedades androcéntricas.

Bourdieu, por otra parte, brinda una clara salida al círculo de la dominación masculina en el que Gilmore nos atrapa con su visión funcionalista. En este último planteamiento se desprende que, por funcional a la sociedad, la masculinidad dominante es *necesaria* para resolver los problemas básicos de la reproducción del todo social de la mayoría de las sociedades conocidas (protección contra las amenazas externas al grupo, perpetuación de la especie y procura de condiciones materiales de subsistencia). Ello haría ineludible la dominación masculina. En Bourdieu, por el contrario, lejos de ser ineludible, la forma en que es construida la masculinidad resulta contingente, *arbitraria* y, por tanto, modificable.

Parte sustancial de la distancia entre ambos enfoques es el estatus diferencial que se otorga al cuerpo dentro de la lógica de análisis. Para Gilmore, las sociedades tienden a establecer una segmentación sexual del trabajo a partir de lo anatómico como dato natural y no como una construcción sexuada de la realidad a partir de principios sociales de visión. En efecto, según Gilmore, para las tareas de la economía y el renacer:

“Por razones anatómicas *u otras*, en la mayoría de las sociedades las mujeres se responsabilizan de la reproducción y los varones de la producción...” (Gilmore; 1994: 219. Las cursivas son nuestras).

Precisamente, entre esas “otras” razones, el planteamiento de Gilmore no explica, dónde el análisis de Bourdieu nos situaría un paso adelante. No obstante, pareciera que todavía podríamos preguntarnos respecto de la fuerza explicativa de la contingencia o, en palabras de Bourdieu, de la *arbitrariedad*, como punto de partida determinante de la conformación de las relaciones de género y de los principios de visión. Entonces en el planteamiento de Bourdieu nos apoyaremos para, en la cuarta y última parte de este trabajo, proponer una explicación para explicar el proceso de conformación de las identidades masculinas.

Conclusión

En nuestra óptica, ¿qué balance preliminar nos dejaría este panorama respecto de la forma en que tiene origen la masculinidad? ¿Qué implicaciones tiene esta cuestión para avanzar en el desarrollo de nuevos estudios, esta vez para el medio centroamericano? De antemano debemos señalar que el panorama es muy diverso y que en algunos casos podrían intentarse mediaciones entre posiciones teóricas, mientras que en otros casos creemos que cualquier conciliación es imposible. Aquí nos interesa destacar sólo algunas de las opciones posibles.

Como hemos visto, las posturas más críticas han propuesto que la socialización o el *gender work* es el mecanismo cultural que construye un modelo homogeneizante de identidad masculina, lo que algunos han llamado “masculinidad hegemónica”. En este sentido, la socialización tiene un papel que es genético en tanto productor de identidades. En las perspectivas esencialistas de inspiración jungüeana, la socialización juega un papel inhibitorio y no genético. También se podría decir, desde otro punto de vista, que las perspectivas críticas también sostendrían que la socialización es represora pero no de la homogeneidad-esencial, sino de las diversidades masculinas que surgen de experiencias de vida distintas, en contextos sociales igualmente distintos.

En tanto, los rituales, que para los esencialistas resultan liberadores de las energías masculinas, para nosotros podrían ser estudiados desde su papel opresor de la diferencia y, en clave de Gilmore, a partir de su función vital para la sociedad y, en cierta medida, para los hombres mismos.

Si bien autores como Bourdieu y Godelier y autoras como Meler han opuesto argumentos de peso en contra de los postulados materialistas de corte funcionalista, parecieran existir vacíos explicativos que los enfoques que privilegian el poder y el conflicto no logran explicar. Quizá la tarea consistiría en estudiar en qué medida ciertas masculinidades se constituyen en artificios útiles para fines defensivos, a la vez que operan a partir de la opresión y la subordinación.

Referencias

- Badinter, Elizabeth (1993). *XY, la identidad masculina*. Grupo Editorial Norma: Colombia..
- Badinter, Elizabeth (1980). *¿Existe el Instinto Maternal? Historia del amor maternal*. Siglos XII al XX. España: Paidós.
- Batres Méndez, Gioconda, 1999. *El lado oculto de la masculinidad. Tratamiento para ofensores*. San José, C.R.: ILANUD.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. 2da. ed. Barcelona: Anagrama.
- Campos, Álvaro y Salas, José Manuel (2002). “Aspectos Teóricos-Conceptuales de la Masculinidad. Retos en el Siglo XXI”. En Campos, A. y Salas, J. (compiladores). *Masculinidades en Centroamérica*. Lara Segura Editores: San José, C.R.: 17-51.
- Carabí, Angels (2000). “Construyendo nuevas masculinidades: una introducción”. En: Segarra, Marta y Carabí, Angels (eds.). *Nuevas masculinidades*. Icaria: Barcelona.
- Cazés, Daniel (2001). “¿Y los hombres qué? Primera parte”. En: *Meridiam*. No. 21: 40-45.
- Conell, R.W (1997). *La organización social de la masculinidad*. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres No.24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 31-48.
- Evans, Mary (1997). *Introducción al pensamiento feminista contemporáneo*. Madrid: Minerva Ediciones.
- Gilmore, David (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós: Barcelona.
- Goldberg, Steven (1976). *La inevitabilidad del patriarcado*. Alianza Editorial: Madrid.
- Gomáriz, Enrique (1997). *Introducción a los estudios sobre Masculinidad*. Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia: San José.
- Jiménez, Rodrigo y Quesada, Eric (1996). *Construcción de la identidad masculina*. ILANUD, Programa Mujer, Justicia y género. ILANUD, San José, C.R.
- Kaufman, Michael (1997). *Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres No.24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 63-81.

Kimmel, Michael (1997). *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina*. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres No.24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 49-62.

Kimmel, Michael (1994). *Bosquejo preliminar del capítulo del libro Masculinidad: El Reto Americano (New York Harper Collins)*. Traducción de Martha González Ruiz. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México.

Marqués, Josep-Vincent (1997). “Varón y patriarcado”. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres No.24. Santiago, Chile: Isis Internacional/FLACSO-Chile.

Meler, Irene (2000). “La Masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos”. En: Burín, Mabel y Meler, Irene. *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.

Menjívar Ochoa, Mauricio, 2004a. “Paternidad e Identidad Masculina: el sobredimensionamiento del mandato de la proyección”. En: *Diálogos, Revista Electrónica de Historia*. Número especial: “Historia, política, literatura y relaciones de género en América Central y México, siglos XVIII, XIX y XX”, Volumen 5, Nos. 1 y 2 (Marzo 2004 - Febrero 2005). En: <http://www.historia.fcs.ucr.ac.cr/articulos/esp-genero/4parte/CAP23MMenjivar.htm>

Menjívar Ochoa, Mauricio (2002). *Actitudes masculinas hacia la paternidad: entre las contradicciones del mandato y el involucramiento*. Instituto Nacional de las Mujeres: San José, C.R.

Menjívar Ochoa, Mauricio (2001 b). “Masculinidad y poder”. En: *Revista Espiga*. Revista de la Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Estatal a Distancia, Año II, No.4, julio diciembre. EUNED: San José, C.R.: 1-8.

Mintz, S. W. and Price, R. (1992) *The birth of African-American culture. An anthropological perspective*. Boston: Beacon Press.

Moore, Robert y Gillette, Douglas (1993). *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*. Paidós: Barcelona.

Monick, Eugene (1994). *Phallos. Imagen Sagrada de lo Masculino*. Santiago de Chile; Editorial Cuatro Vientos.

Quirós, Edda (2003). *¡Aprendiendo una nueva forma de vivir!. Estudio sobre mandatos identitarios y Módulo para promover y defender el derecho a vivir una vida y una sexualidad segura, co-responsable y placentera en grupos de hombres que tienen sexo con hombres (HSH)*. CIPAC. Diseño Editorial: San José.

Sanahuja Yll, Maria Encarna (2002). *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Colección Feminismos No. 69. Madrid: Ediciones Cátedra.

Pérotin-Dumon, Anne, 2001. *El género en historia*. Capítulo IV Masculinidad. Institute of Latin American Studies. London. Recuperado el 28 de abril de 2007 En: http://www.sas.ac.uk/ilas/genero_portadilla.htm

Presidencia de la República de Costa Rica y otros (2001a). *Ley de Paternidad Responsable*. 2.ed. San José, C.R.: Instituto Nacional de las Mujeres.

Presidencia de la República de Costa Rica y otros (2001b). *Lineamientos de Política para el Fomento de la Paternidad Responsable*. (Coordinación y edición de Ana Lorena Camacho de la O). San José, C.R.: Instituto Nacional de las Mujeres.

Presidencia de la República de Costa Rica y otros (2001c). *Compromisos institucionales para la puesta en marcha de la política para el fomento de la paternidad responsable..* (coordinación y edición de Ana Lorena Camacho de la O). San José, C.R.: Instituto Nacional de las Mujeres.

Rivera, Roy y Ceciliano, Yajaira (2003). *Cultura, masculinidad y paternidad: las representaciones de los hombres en Costa Rica*. San José, C.R.: FLACSO.

Riso, Walter (1998). *Intimidades Masculinas. Sobre el mito de la fortaleza masculina y la supuesta incapacidad de los hombres para amar*. Bogotá, Colombia: Norma.

Rodríguez, Ma. Elena y Lázaro, Luis (2000). *La paternidad responsable en Costa Rica: Una tarea pendiente*. San José, C.R., CEPAL.



Poder Judicial
Departamento de Artes Gráficas
B. 36888